



INTRODUCCION

## SEXTO EMPÍRICO O EL FINAL DE LA FILOSOFÍA

### U N O

Sexto Empírico es cronológicamente el último de los filósofos citados por Diógenes Laercio<sup>1</sup>, un doxógrafo para quien la filosofía es un producto exclusivo de la Hélade y cuyas vicisitudes son las de la lengua y el espíritu griegos.

No es superfluo subrayar lo que parece una mera constatación cronológica, aunque sólo sea para oponerla al prejuicio opuesto que suele situar a la actitud escéptica al inicio de la reflexión, como si de una dolorosa (pero, por supuesto, pasajera) etapa de tránsito se tratara.

Pero no es el escepticismo en general de lo que vamos a tratar en las páginas que siguen, sino del escepticismo griego y, aún más en concreto, del escepticismo tal como es formulado por el último autor de la escuela del que tenemos noticia antes de la larga noche medieval.

Nos topamos aquí con un segundo y aún más extendido prejuicio: una cierta visión manualesca de la historia de la filosofía que atribuye al helenismo los caracteres de la decadencia, se complace en descubrir en cualquier movimiento intelectual que se presente los

-----  
<sup>1</sup> Para ser más exactos, el último de quien conocemos algo de su obra. El filósofo más reciente mencionado por Diógenes Laercio es el también escéptico y discípulo de Sexto Empírico, Saturnino

ὁ Κυθηραῖος.

rasgos que apriorísticamente se asignan a aquélla; y así, las filosofías helenísticas serían las filosofías de la decadencia *par excellence*, productos del agotamiento y desencanto de una civilización exhausta.

Por el contrario, el helenismo es la etapa *moderna* de Grecia. En ella, todo se universaliza y, a la vez, se diversifica. El mundo se vuelve griego, mientras en todos los campos las creaciones se multiplican: el *desarrollo económico*, con todos sus altibajos, se mantiene en progreso constante; es el período de mayor desarrollo de las ciencias en cualquier momento y lugar de la historia humana hasta Galileo y la revolución científica; en *literatura* asistimos al nacimiento de géneros literarios como la biografía o la novela; de esta época datan las grandes fundaciones culturales de los monarcas helenísticos: los museos y las bibliotecas (de las que la de Alejandría es sólo la de más renombre), y, para no alargar la enumeración, el panorama es, en filosofía, espléndido. Parece como si, a partir de la expansión de Alejandro, el claro y potente resplandor de la época clásica se fragmentase en toda la variada gama de matices que aún era capaz de generar el espíritu griego: tras la descomposición, cada nuevo fragmento originado podrá, quizá, haber perdido algo del primitivo vigor; pero sólo a partir de ella podemos saber qué riqueza era capaz de desplegar. Sin el otoño helenístico, a Grecia le hubiera faltado el color: la tenue y policroma luminosidad que aún domina el horizonte antes del ocaso.

A la opinión común según la cual la filosofía griega culmina en Platón y Aristóteles -para luego declinar sin remedio- se le escapa lo que constituye el privilegio de la perspectiva aludida por el tópico renacentista; pues quien está al final será, acaso, un enano, pero está zupado a hombros de gigantes: ha podido ver más lejos que ellos.

## D O S

Sexto, que escribe en la segunda mitad del siglo segundo d. de C. recoge toda la tradición del escepticismo helenístico, de Pirrón a Herodoto de Tarso, pasando por Enesidemo de Cnoso, refundador de la escuela; y no sólo esa tradición está presente: junto a ella, aparece también la del escepticismo neo-académico, de modo que, a través de su polémica antiestoica y, en menor medida, antiepicúrea, hallamos consignados los más valiosos documentos de la filosofía helenística, que tan poco conoceríamos de no ser por la obra ingente de Sexto.

El extraordinario valor de Sexto como doxógrafo ha sido ya suficientemente puesto de relieve por la erudición moderna y contemporánea, que ha dedicado sus esfuerzos, de modo exclusivo, al análisis crítico de las fuentes y testimonios en que tan pródigo es nuestro autor.

Precisamente aquel valor y esta riqueza se han erigido en los mayores obstáculos para el conocimiento de la filosofía y la personalidad del escéptico, completamente desdeñadas al ser convertida su obra en algo así como un surtido almacén de antigüedades

filosóficas que se visita con cierta regularidad en busca de la referencia erudita o la fuente clásica y después se abandona precipitadamente.

Digámoslo sin rodeos: la crítica filosófica (en los raros casos en que le ha prestado su atención, y aun en éstos siempre de modo tangencial y episódico) se ha mostrado con Sexto unánimemente condenatoria.

No es necesario acumular testimonios: sin llegar al exabrupto de Saintsbury, para quien Sexto era "el filósofo más estúpido de toda la antigüedad", la literatura al uso le reprocha el carácter artificioso y sofisticado de los argumentos, lo farragoso y recurrente de su presentación y, por encima de todo, la absoluta falta de originalidad puesta de manifiesto por la inexistencia de una elaboración positiva que mostrase el sentido profundo de la filosofía escéptica. Por el contrario, lo único que nos ofrecen las más de mil páginas de los once libros *Contra los que saben* es una prolíja acumulación de incertidumbres, un centón pergeñado a base de pintorescos y desiguales argumentos contra todo y contra todos, un motín de razonamientos debelatorios tomados de las más diversas tradiciones y carentes de toda conexión... en fin, una máquina argumentativa que, confesadamente, gira en el vacío y a la que no es posible atribuir objeto ni sentido más allá de su pura negatividad.

Tal unanimidad es ya de suyo sospechosa, cuando el objeto a que se refiere parece, por su propia naturaleza, no entregarse fácilmente a la investigación. Pero, además, a lo que la crítica se reduce (al margen de la tarea de mostrar los errores lógicos o las falacias argumentativas que Sexto pueda cometer aquí o allá, lo que, por otra

parte, tampoco es una hazaña del espíritu) es a señalar la carencia de una teoría filosófica en el sentido tradicional de la palabra (allí donde *por definición* no puede haberla), en vez de esforzarse en hallar un sentido por encima del farrago de la argumentación: en pocas ocasiones como en el escepticismo se corre más el riesgo de que los innumerables árboles no dejen ver el bosque; porque los argumentos de Sexto pueden ser el colmo de la necesidad o de la lucidez, según se mire. *Según se mire*: ahí está la cuestión, y ese modo de ver escéptico es el que vamos a intentar reconstruir aquí.

### T R E S

Bien se podría decir de Sexto lo que de ciertos renacentistas: que dice cosas nuevas con palabras viejas; palabras, argumentaciones, fórmulas, referencias, que toma prestadas del acervo común a la escuela. Es bien sabido que la originalidad es pretensión más bien reciente: Sexto nunca emplea la primera persona del singular y en su exposición se conduce como un representante de la escuela (o, mejor, "modo de ver") escéptica que hace balance de una tradición seis veces centenaria. Ocasión repetida habrá de referirse a este obstáculo -uno más pero, a pesar de su carácter insalvable, no el más importante-; con todo, y más allá de lo que una primera lectura demasiado literal que se contentase con seguir la maraña de argumentaciones y razonamientos podría sugerir, cabe afirmar que Sexto inaugura con su

obra un nuevo modo de hacer filosofía, una nueva actitud ante la filosofía y una muy distinta manera de entender las relaciones entre la filosofía y el mundo.

Obviamente, toda filosofía pretende, mediante una distinta disposición de los objetos del mundo, inaugurar una nueva visión de éste que permita, a través de las diversas formas de mediación que establece, articular unos conocimientos y prácticas acordes con aquella forma nueva de pensar y que permitan dar sentido a los aspectos esenciales de la existencia humana. Pues bien, ya en este primer y superficial sentido, la filosofía escéptica griega es totalmente original.

En efecto, en un primer análisis, la mirada escéptica se presenta como una experiencia del vacío y la falta de sentido del mundo. Tal consideración se puede desglosar en dos momentos, el epistemológico y el ético.

1) Por lo que se refiere a la teoría del conocimiento, el escepticismo, declarando la falibilidad del conocimiento, liquida la diferencia ser/aparecer sobre la que descansa, desde los presocráticos, toda posibilidad de conocimiento, filosófico o científico. Tradicionalmente se han señalado las inconsecuencias a las que una tan radical denegación aboca, desde el carácter autocontradictorio de la misma denegación hasta la imposibilidad meramente fáctica de vivir una vida sin creencias. Como es obvio, tales críticas son perfectamente irrelevantes y ni siquiera alcanzan a rozar la superficie del problema. Por el contrario, es el mismo movimiento autónomo de la reflexión escéptica desde los orígenes pirrónicos el que va encontrándose, a medida que los instrumentos

conceptuales se van depurando en el análisis y la crítica de las filosofías rivales, con las insuficiencias de la primitiva concepción fenomenista. A partir de esa constatación, el escepticismo va ensayando diversas estrategias a fin de salvaguardar la actitud que se designa bajo el término *epoché*, manteniendo, a la vez, su compromiso con el mundo y la acción. Intentaremos reconstruir las etapas y los momentos de ese despliegue, tal como se vislumbran en la obra que representa la síntesis final de todo el proceso, mostrando la existencia de una historia y, sobre todo, de una problemática propias del escepticismo antiguo, no sólo se alcanza una lectura históricamente más exacta o filológicamente más precisa, sino, fundamentalmente, una perspectiva nueva en el plano estrictamente filosófico. Pues aquellos materiales presentan a la *epoché* como una radical mirada al abismo que funda en la misma opacidad del mundo la posibilidad de una praxis humana transparente basada en la inocencia y la levedad del mundo; y que encuentra en la constatación del sinsentido originario el sentido y la promesa de una vida feliz.

b) Todas las éticas del período helenístico son eudemonistas y el escepticismo no es una excepción. Ya desde los orígenes pirrónicos se presenta la actitud escéptica como el camino seguro hacia la felicidad. Frente al saber que no puede sino certificar nuestra propia condena, la *epoché* resulta la instancia salvadora. Otro rasgo bien extraordinario, pues, ¿cómo puede el escepticismo legitimar esa conexión entre la universal perplejidad y el fin moral sin incurrir en el más flagrante círculo vicioso? Tanto más, cuando hasta en las más rigurosas construcciones dogmáticas, de los clásicos a los modernos,

de Platón a Descartes o Kant, hay una brecha empírica insalvable entre el orden del mundo, las reglas morales y nuestro deseo de felicidad.

Sin adelantar ahora pormenores, constituye uno de los aspectos más interesantes (y menos estudiados) ese tránsito entre la teoría epistemológica y el fin moral, lo que se presenta como un afortunado azar producto, precisamente, de la actitud que se mantiene confinada en el ámbito de lo fenoménico.

• • •

Uno desearía, llegado al final de esta presentación, hacer gracia al lector de la retórica (y a veces penosa) costumbre consistente en acabar con unas palabras subrayando la actualidad (rabiosa, a poco que uno no se contenga) del tema tratado (¡no estamos haciendo arqueología!) y su incontestable importancia para el tiempo presente; mostrando por qué ello no es posible, intentaremos que se nos aplique, al menos, la eximente de necesidad. Pues, en el caso del escepticismo, una reflexión que no quiera parecer irremediabilmente trivial ha de concluir atendiendo a una doble y contradictoria determinación configurada por la *lejanía teórica* del escepticismo clásico y, a la vez, por su *cercanía práctica*, producto de una cierta actitud escéptica constitutiva de la modernidad.

Trataremos ambos aspectos conjuntamente, examinando analogías y diferencias en los tres ejemplos que siguen y que hacen referencia a tres aspectos nucleares del escepticismo en la *Weltanschauung* moderna: la divinidad, el problema del mal y la relatividad de los valores.

a) La divinidad y el orden del mundo:

Denunciaba Epicuro el error y aun la blasfemia de atribuir a los dioses aquellos estados del mundo que no se aviniesen con los divinos

atributos de sabiduría, bondad y felicidad<sup>1</sup>. Con tal requisito, no es sorprendente que sus dioses debieran quedar relegados a los intermundia; pero el concepto de *εὐσεία*, que supone un orden del conjunto por encima de los desórdenes particulares permite otorgarles aún, sin merma de la honestidad, su perezosa, es decir, feliz, existencia.

El desencantamiento de la imagen del mundo por la gracia de otra más exacta y acerba ciencia arruina por completo aquella idea del carácter divino de la naturaleza como conjunto, lo que, unido a la consideración de que "aquellos elementos de la naturaleza que no se avienen con el preconcepto de lo divino" son, más bien, casi todos, no permite argumento cosmológico que no sea producto del deseo o de la simple impostura.

A la conciencia ilustrada no le impresionan tanto cien mil millones de soles como a la ingenua conciencia primitiva las apenas cinco mil estrellas que alcanzaba con la vista: no viene de unas cuantas candelas. Así que el cielo estrellado ya no sirve como permanente rótulo luminoso de la empresa divina.

Pero son, irónicamente, las condiciones modernas de existencia interiorizadas como *Weltanschauung* las que, en mayor medida, dan la puntilla a la imagen tradicional: para la mentalidad moderna, el

-----  
<sup>1</sup> Πρῶτον μὲν τὸν θεὸν ζῶν ἄφθαρτον καὶ μακάριον νομίζων, ὡς ἡ κοινὴ τοῦ θεοῦ νοήσις ὑπεγράφη μὴθὲν μῆτε τῆς ἀφθαρσίας ἀλλότριον μῆτε τῆς μακαριότητος ἀνοίκειον αὐτῷ πρόσαπτε.  
(Carta a Meneceo, 123.)

universo no puede verse más que como un inútil derroche de medios,  
una irracional desmesura. ¿Cómo atribuir ese torpe exceso a un  
planificador competente *sin blasfemia?*

○

1) El mal no es importante:

Si el problema del mal es el Escila y Caribdis de la filosofía, debe ser porque está mal formulado. Y no es difícil ver por qué: no puede haber una teoría del mal, un conocimiento del mal, porque, sencillamente, se puede ser malo de muchas maneras (también el bien se dice de muchas maneras, pero esa determinación es más irrelevante). Algo de eso sostiene la moral clásica, desde luego, cuando establece una lista de vicios y defectos, formas del mal comportamiento o malos hábitos; pero ese catálogo hoy nos parece ridículo, porque el mal moderno, las formas modernas del mal, lo han convertido en pueril (considérese Aristóteles, *Ética Eudemia*, 1221a, y dedúzcase de ahí los campos de exterminio).

O sea: si el mayor asesino de nuestra época es el bondadoso y solícito padre de familia, toda consideración moral en el sentido clásico (todo tratamiento individualista de la moral) no puede ser sino, por lo menos, deshonesto.

Por más que, en nuestra experiencia cotidiana, no sepamos prescindir del concepto de maldad como categoría explicativa de ciertas conductas o, mejor, actitudes (preferentemente ajenas) humanas, lo cierto es que tal categoría ha quedado por completo vacía de contenido (¿quién, que no sea muy ingenuo, osaría pontificar sobre la cuestión en abstracto?) *En abstracto*: esa es la cuestión. Porque en los -no muy frecuentes- casos en que un comportamiento malvado se impone, la presencia del mal en estado puro aparece como

evidente. Podemos ofrecer una denotación (paralela a aquella de Bréton: "a pesar de los tiempos que corren, es fácil distinguir a las personas decentes"), pero otro tipo de definición se nos resiste.

El mal en estado puro: no llamamos mala a una acción cuando puede ser explicada recurriendo a otras categorías: de ahí el carácter residual del concepto y la imposibilidad necesaria de ulterior delimitación; pues el mismo concepto es un límite.

Los conceptos morales que están en la base de nuestros más frecuentes juicios morales dan la impresión en conjunto de una psicología algo primaria por lo que, en el mejor de los casos, requerirían posterior aclaración. De hecho, y éste es el punto capital, el progreso de la ilustración los hace superfluos: para la conciencia moderna, por horrendo que sea el crimen, ni aun la exigencia de solidaridad con la víctima es incompatible con cierta piedad hacia el criminal, por cuanto se esfuerza en ver en el fondo de aquella conducta un elemento de explicación que nos retrotrae a un principio común de humanidad. En ese sentido, contra lo que a menudo se afirma, comprender sí equivale, en cierto grado, a justificar.

Si seguimos el hilo de las acciones en su conexión factual y observamos cada una de las determinaciones (de forma que éstas sean explicables en términos de las situaciones externas o las internas de orden psicológico), no hemos de apelar a ningún otro principio.

Sólo cuando la naturaleza del mal es inconmensurable con aquella cadena de causas (ya sea porque la enormidad del crimen o el número de sus víctimas no halle qué explicación oponer en el otro platillo de la balanza al peso de la infamia), nos vemos forzados a recurrir a algún principio, una cantidad oculta que iguale la ecuación. Pero entonces,

necesariamente, y por cuanto la magnitud del sufrimiento nos parece inconmensurable, *la incógnita debe tender al infinito*: nos resistimos a pensar que cualquier ulterior ilustración podrá despejarla; y si es así, sólo hay un nombre para esa incógnita: lo demoníaco, un *daimon* inhumano, un aciago demiurgo. Porque no podemos reconocer en nosotros, en nuestra naturaleza, semejante inhumanidad.

Respecto al bien, en cambio, somos menos modestos: a nadie se le ocurre apelar a un principio angélico para explicar los actos de bondad, incluidos los más heroicos y abnegados; lo cual, obviamente, tiene que ver con nuestro mayor conocimiento de la conducta bondadosa, o sea, con cierta ilustrada desvalorización del bien. También hace sólo unas décadas la abnegación de la madre que se inmolaba por su hijo o el gesto heroico de quien ofrecía su vida por la colectividad podían parecer actos de un altruismo sobre-humano, incomprensible: hoy los comprendemos bien, hasta el punto de que la biología nos los presenta como triviales. Así pues, nuestro progreso en el conocimiento del bien es mayor que en el del mal.

Pero esa misma reflexión nos cura de(l) espanto; pues la desvalorización del bien circunscribe y amortigua la abrumadora oscuridad del mal y otorga al conjunto una coloración de tonos más bien grises. De este modo, el escepticismo de la moderna ilustración se las arregla para salir triunfante sin entrar en liza, acotando el campo de batalla moral hasta reducirlo a la nada, por la vía de la interpretación y la remisión a lo factual histórico, social o

psicológico. La paradoja final de este desarrollo, por la que la crítica de la moral concluye plegándose al dogmatismo que pretendía abolir, ha sido suficientemente puesta en evidencia por la Escuela de Francfort. En todo caso, la estrategia de la crítica moderna es la opuesta a la del escepticismo clásico, que es, en esencia, una teoría moral que sustenta la promesa de felicidad obtenida mediante una actitud intelectual consistente, precisamente, en la ἐποχή respecto al conocimiento y la ciencia, y en el cuestionamiento del carácter necesario de los hechos del mundo.

c) Residuos de la Ilustración:

La insistencia en aquellos aspectos de lo que se suelen denominar "externalidades" económicas del sistema (residuos, contaminación, desequilibrio ecológico...) olvida otro tipo de procesos similares no menos inquietantes que podríamos designar como "externalidades ideológicas"; por ejemplo, los efectos de la ilustración generalizada.

Es cierto que la inteligencia ya no es hoy un peligro. Las sociedades modernas, debido, entre otras causas, a su misma complejidad, han podido integrar los presumibles efectos "disolventes" de una razón crítica llevada hasta el extremo. Pero ahora que los negros presagios de la anti-ilustración se nos antojan ridículos y los peligros de la "disipación", incredulidad, "hedonismo" e individualismo feroz están más que sobradamente conjurados -si no es que son, al menos ocasionalmente, inducidos por efecto de las mismas necesidades sociales-, se cierne la posibilidad, mil veces más

amenazante, del estallido generalizado del malestar creado por los subproductos de una ilustración llevada a cabo del modo más anti-ilustrado, frívolo, inconsciente y chapucero posible.

Si la conciencia espontánea, basada en una experiencia indigente, mendaz y empobrecida, no puede dejar de ser mero reflejo de esa experiencia, se impone la necesidad de una ilustración que la critique; ilustración que, en tanto no se modifiquen las condiciones de existencia, aparecerá siempre como alienación y heteronomía, como negación externa de la experiencia cotidiana del individuo, violentación de la conciencia, elevación obtenida por la violencia, en definitiva, una ascesis (el que además sea administrada filantrópica y graciosamente por las instituciones del estado apenas puede agravar el cuadro).

En ausencia, por otra parte, de cualquier previsible gratificación, ¿qué fuerzas sociales, qué impulsos internos podrían proporcionar la energía que el penoso movimiento de la conciencia reclama? Por el contrario, ¿cómo no ver en tantas actitudes cotidianas individuales y en ciertos movimientos sociales -algunos un poco cómicos, otros más bien siniestros- la protesta de una conciencia violentada que toma venganza del finalmente inútil dolor que se le ha infligido?

Pues el feroz resentimiento que sigue al fracaso -cada vez más numeroso, por cuanto el intento ilustrador adquiere caracteres más masivos- persiste, adoptando las más variadas formas, larvado, hasta que halla la ocasión propicia de mostrar todo su potencial destructivo: en esa explosión de una figura entrevista por Hegel, la

de la mala conciencia ante la culpabilidad de la renuncia a la emancipación, vemos el estado de espíritu, la forma que corresponde a lo que solemos designar por *fascismo*.

## CUATRO

Quizá lo que más nos sorprende en una filosofía por tantos motivos tan sorprendente (hasta el punto de haber sufrido más de una vez el veredicto de insensatez o locura) es el *pathos* de frialdad, esa lucidez fría que ha renunciado a la tragedia, habituados como estamos a extraer otras conclusiones más *patéticas* de aquella visión del absurdo; pues, desde el romanticismo hasta el existencialismo (y no parece que el fin de siglo que ya asoma vaya sino a exacerbar la tendencia), la modernidad puede definirse como la toma de conciencia de la falta de fundamento, y eso en todos los órdenes de la cultura, sin excluir (sino más bien al contrario, por cuanto es en ese discurso donde el fenómeno se presenta con más agudeza) la empresa científica.

La situación es bien paradójica; pues si la cultura, en su sentido antropológico (y en las condiciones modernas de existencia), es precisamente el conjunto de las instituciones y las prácticas que buscan dar sentido al mundo y defender a los hombres de la visión del absurdo, la conciencia moderna no puede sino vivir como una crisis dolorosa la bancarrota de la(s) fe(s). Mas lo que, desde esta perspectiva, no puede ser concebido más que bajo la categoría de la

falta originaria concluye en un nuevo dogmatismo de rasgos tanto más compulsivos cuanto más energía debe ser movilizada a fin de conjurar la angustia de aquella visión insoportable.

Por el contrario, sólo un griego de la (según el veredicto de Gibbon) época más feliz de la humanidad pudo vivir esa visión del vacío sin experimentar la tragedia, sino, al contrario, haciendo de ella la base misma del pensamiento y la acción libres.

Tengo la certeza de que esa mirada tan lúcida no ha sido, desde Sexto Empírico, ensayada jamás. Es una de esas miradas irrecuperables, desaparecida para siempre, como tantas otras, en las sendas perdidas de la historia: el vértigo de su sola contemplación es signo inequívoco de la irremediable lejanía teórica que de ella nos separa.

## CINCO

Empezábamos hablando de una nueva forma de hacer filosofía. No es muy difícil hacer ver cómo el escepticismo representa la disolución de la filosofía; e, incluso, a esta forma trivial de la simple denegación le ha sido tradicionalmente señalado el mérito de haber desbrozado el camino para una consideración meramente empírica del mundo, abriendo con ello el paso a la moderna mentalidad científica.

Sin embargo, nada hay, ni histórica ni filológicamente que apoye tal (presuntamente) meritoria pretensión. Podría incluso afirmarse con más fundamento que la estrategia escéptica actúa en la dirección opuesta; pues, para no mencionar la obviedad de que el saber

científico cae bajo la misma impugnación que el filosófico (como puede inferirse de los seis libros que Sexto dedica a refutar los saberes de gramáticos, rētores, géómetras, aritméticos, astrólogos y músicos), es la escisión entre apariencia y realidad, aunque ahora ésta se presente en el interior del mundo fenoménico (junto a la constitución de un mundo sometido a las reglas de la razón analítica, aspectos ambos que están en la raíz de la visión científica del mundo) lo que ataca el núcleo mismo de la intención escéptica.

Por el contrario, la disolución de la filosofía alcanza su sentido en - y por- la del saber mismo. Si el saber no ha de dejar paso a la creencia (pues también esa posibilidad, incluso su cumplimiento histórico en la crisis de los siglos segundo al quinto, ha sido señalada), la pregunta por un pensamiento y una vida sin dogma no ha de poder dejarse sin respuesta.

A la cuestión teórica se respondió con la tentativa de un juicio que exprese la singularidad de la cosa "tal como se nos aparece": un pensamiento del fenómeno más allá de la categoría de verdad (la posibilidad acerca de una conducta más allá del bien y del mal se nos ofreció como por añadidura); pero con ello no acaba todo, sino más bien al contrario: el trabajo de lo negativo no puede cesar nunca, pues si bien ahora no hay dogma alguno que sustentar ni categoría metafísica desde la que desarrollar otro más preciso y depurado sistema del mundo, la actitud eféctica, en cuanto tal actitud, necesita ser mantenida. Y ello no es tarea fácil, no sólo en razón al nutrido número de las fes, sino como una necesidad interna de la misma

catarsis escéptica, que precisa de su renovación constante ante la *hybris* de la voluntad de conocimiento, de la pretensión de verdad<sup>1</sup>.

Mas, entonces, la actividad filosófica sufre una transformación radical. Pues, si lo que distingue a la filosofía como género de otras especies literarias próximas es la pretensión de verdad, al desaparecer ésta, se produce una mutación esencial en la gramática de la filosofía que acaba por aproximarla al resto de los géneros de los que aquella singular pretensión la había mantenido alejada.

Así, la filosofía se concibe como la narración de la experiencia que fija su mirada en los límites del mundo y da cuenta de su estupor.

De este modo se cierra el círculo. Al final, la filosofía retorna a sus orígenes presocráticos; pero ahora el camino es de vuelta y un nuevo estado de espíritu más lúcido no sabría consentir la ingenuidad de la prístina mirada: menos pretencioso y, desde luego, más lúcido, el *pathos* que corresponde a esta etapa final -y que atraviesa las más diversas manifestaciones del espíritu de la época- es el de la dispersión y lo fragmentario, ya sea en la forma de la novela filosófica en Luciano, la fábula de intención moral, el poema gnómico, las *xpeíai*, los *úrouvéuata* y las diatribas de tendencia cínico-estoica, las *Pláticas* de Epicteto, los mismos *Soliloquios* de Marco Aurelio... creaciones todas en que, más allá de lo que se suele designar bajo la confusa denominación de

-----  
<sup>1</sup> Valga como ejemplo de parecidas dificultades la filosofía de Moore. ¡Que tal profusión de demostraciones y pruebas, tal agitación de miembros y *agit-prop* de mentes sea precisa para mantenerse en el terreno del "realismo espontáneo"!

eclecticismo (y que no es sino la expresión de un cierto escepticismo de base que ha renunciado a las grandes construcciones del pasado), se manifiestan los signos de la nueva disposición que asigna a la filosofía un lugar más ubicuo entre los géneros.

Mas, en el caso del escepticismo, esta tendencia, al exacerbarse, adquiere caracteres paradójicos. A aquella disposición que se apuntaba viene a sumársele una actitud de absoluta distancia exigida por la ausencia de contenidos específicos: cuando el impulso teórico no halla ningún contenido seguro, se ve forzosamente abocado a la experimentación (como lo muestra la medicina empírica con su insistencia en el experimento) y a la ironía como actitud vital. Si, con todo, se hace aún filosofía, ésta presenta la forma de una inversión: una máquina argumentativa que gira en el vacío más absoluto. Los once libros *Contra los que saben* constituyen una enciclopedia de incertidumbres; pero, en su minuciosa narración de la experiencia de las mismas, eleva a la conciencia, por medio de la catarsis de la ἐποχή, a la actitud intelectual adecuada para la aceptación del mundo de los fenómenos, la contemplación del mundo fenoménico y la vida feliz. Al final, la filosofía se anula, como en la imagen de la purga. El libro se arroja tras haberlo leído (la imagen se encuentra en las *Hipotesis*, dieciocho siglos antes del *Tractatus*), pero una nueva δύναμις nos trabaja, aunque nosotros apenas podamos dar cuenta de sus juegos.

PRIMERA PARTE

## VIDA DE SEXTO EMPÍRICO

### I - DATACION: ESTADO DE LA CUESTION E HIPOTESIS ALTERNATIVA:

1 - Con respecto a la vida, personalidad y época de S.E. reina la mayor incertidumbre. Las fuentes disponibles para su datación pueden agruparse del siguiente modo:

A) Testimonios extraídos de sus propias obras, autoreferencias, etc.

B) Fuentes principales: Diógenes Laercio y Suidas.

C) Menciones secundarias, en Dión Casio, Filóstrato, Apuleyo, M. Aurelio (?), Julio Capitolino (?) y Pseudo-Galeno.

Con respecto al primer apartado, bien pocas noticias podemos extraer de las muy esporádicas veces en que S.E. hace referencia a sí mismo: tres seguros testimonios respecto a su profesión médica <sup>(1)</sup>, dos lugares que nos permiten alguna conjetura negativa acerca del lugar donde posiblemente No se desarrollaban sus actividades, y poca cosa más. Luego volveremos sobre ellas. En todo caso, ningún elemento que permita una datación explícita, siquiera aproximada. El autor citado más reciente es Basílides el estoico (C.L. II, 258, a). Desafortunadamente, aparece otro Basílides en la lista de los filósofos estoicos de Rose, con lo que nada puede ser determinado.

2 - La principal fuente de que disponemos para la datación de S.E. es D.L. Precisamente, S.E. y su sucesor Saturnino son los dos últimos autores citados en la obra de D.L.

Como por una parte D.L. es nuestra mayor fuente de información sobre la historia externa del escepticismo y como, por otra parte, los más recientes trabajos han puesto de manifiesto la estrecha re-

---

(1) ADV. MUSIC, 55; A. DOG. IV, 284; A. DOG, I, 202.

lación entre las obras de S.E. y las del libro VI de D.L., ha venido a resultar que el trabajo filológico de más de cien años de Quellenuntersuchungen acerca de D.L. afecta a nuestro tema del modo más directo. Así que se nos permitirá un breve excursus por la obra del autor de Las Vidas, Opiniones y Sentencias de los Filósofos más Ilustres.

3 - "La obra de Diógenes Laercio "Vidas, Opiniones y Sentencias de los Filósofos más Ilustres" consta de 10 libros en los que se pretende dar cuenta de la filosofía griega, desde sus inicios hasta, aproximadamente, el siglo I, d.c.<sup>(2)</sup>, es decir, hasta el momento en que el sincretismo y una tendencia orientalizante penetra en el pensamiento griego, de una parte; y de otra, la filosofía romana llega a suplantar a la griega.

Los filósofos son agrupados de acuerdo a diversos criterios. Así, aproximadamente:

LIBROS I - SIETE SABIOS<sup>(3)</sup>

ANAXIMANDRO

II - FISICOS JUNIOS ANAXIMENES

ANAXAGORAS

SOCRATES

DISCIPULOS DE SOCRATES

III - PLATON

IV - ACADEMICOS

V - ARISTOTELES Y DISCIPULOS DEL LICEO

---

(2) El último filósofo citado es el escéptico Saturnino, discípulo de Sexto Empírico, de fines del siglo II d.c. Este nos ofrece el terminus post quem para la datación de nuestro autor.

(3) Que no son siete, sino diez; en D.L. Las listas de los "Siete Sabios" varían de un autor a otro, como se sabe.

- VI - CINICOS
- VII - ESTOICOS
- VIII - FILOSOFIA ITALIANA<sup>(4)</sup> PITAGORAS  
 PITAGORICOS  
 EMPEDOCLES  
 EUDEXO...
- IX - HERACLITO  
 JENOFANES  
 PARMENIDES Y DISCIPULOS  
 ATOMISTAS: LEUCIPO. DEMOCRITO...  
 PROTAGORAS  
 ESCEPTICOS
- X - EPICURO

Como puede verse, se entrecruzan los criterios clasificatorios

a) Las escuelas filosóficas, según el doble modelo de las Sucesiones: filosofía jónica (del este) y filosofía italiana (del oeste). Según el mismo orden de las "Sucesiones", los discípulos de Sócrates dan origen al resto de escuelas<sup>(5)</sup>.

b) Platón y Epicuro ocupan una posición privilegiada. En el caso del primero, hay que recordar que nuestra obra va dedicada a una entusiasta de la filosofía platónica (III, 47); Respecto al segundo, se ha postulado la adscripción de nuestro autor a la filosofía epicúrea.

---

(4) Por contraposición a la filosofía jónica, derivada de Tales.

(5) Platón: Académicos (e indirectamente. Aristóteles: Peripatéticos)

Euclides: Megáricos.

Aristipo: Cirenaicos.

Antístenes: Cínicos (e, indirectamente, Zenón: estoicos).

Caso aparte es el de los escépticos y Epicuro.

c) En el libro IX (filósofos que no dan origen a escuelas) el criterio clasificatorio suele ser la relación de discipulado (Parménides, discípulo de Jenófanes; Leucipo, de Zenón; Protágoras, de Demócrito). En este libro se mezclan atomistas, sofistas, escépticos...

4 - Diógenes Laercio ofrece para cada filósofo dos tipos de informaciones: biográficas y dogmáticas (vida y doctrina). Pero ambas partes reciben un tratamiento desigual: D.L. se decanta por las Vidas. El interés por la personalidad del filósofo priva sobre el estudio de su filosofía. Además, el valor y extensión de la parte doctrinal varía según los filósofos de que se trate: en algunos hallamos material dogmático muy valioso, mientras en otros hemos de contentarnos con una simple biografía.

Abundando en lo anterior, las fuentes citadas en la parte biográfica son mucho más numerosas que las mencionadas en la sección dogmática (con la excepción del libro VII).

5 - Por contra, bien poco es lo que sabemos sobre la vida de este gran narrador de Vidas: D.L. es para nosotros apenas un nombre. La personalidad que se oculta tras él nos es del todo desconocida: ningún dato nos transmite la tradición sobre su biografía, formación intelectual, adscripción filosófica, etc. Pero, como se sabe, cuando la tradición es muda, la erudición suele ser locuaz y, singularmente desde el siglo XIX, se han sucedido los intentos de interpretación de la persona y la obra de D.L.

Digamos de entrada que, en general, la opinión de humanistas y eruditos sobre ambas -persona y obra- no es, precisamente, muy halagüeña: D.L. es, se nos dice, un escritor farrogoso, superficial y disperso; su tratamiento de las fuentes, deficiente por su carencia de espíritu crítico; el manejo de datos y referencias confuso, reiterativo e inhábil; su torpeza de criterio en lo referente a la selección de anécdotas, sucesos y doctrinas, exasperan-

to; y , como resultado de todo lo anterior, su obra es un abigarrado centón, cuyo valor se limita, en todo caso, a la transmisión de las fuentes que, de otro modo, nos serían desconocidas.

6 - Dependiendo el valor de las Vidas , pues, del de las fuentes usadas, el interés de los estudios se ha desplazado del análisis de la obra de D.L. al de las fuentes que utiliza. Estas no son de un solo tipo, sino que pueden dividirse en cuatro grupos principales: (6)

#### A - VIDAS DE FILÓSOFOS

Este constituye el más antiguo grupo de obras usadas por D.L. El género biográfico nace muy tempranamente en la época helenística y se extiende con rapidez. Alcanza su auge en la III centuria A.C. Consignemos algunos ejemplos de estas obras en los siglos IV - III:

-JENOFANES: Vida de Platón.

-HEMODORO: Vida de Platón.

-ARISTOXENO: Vidas de Sócrates, Platón, Pitágoras (citado 20 veces por D.L.)

-HERACLIDES PONTICO: Vidas de Pitagóricos.

-IDOMENEO. Sobre los Socráticos.

-ZENON: Memorias de Crates.

-ERATOSTENES: Sobre Aristón el Estoico.

-ANTIGONO: Vida de Filósofos contemporáneos.

-HERMIPO: Sobre los siete Sabios, etc. (Muy citado por D.L., que le conocía de primera mano).

-NEANTES DE CICICO: "Sobre los Hombres Ilustres".

-SATIRO

---

(6) Para todo lo que sigue, Cfr. Jorgen Mejer, D.L. and his Hellenistic Backgrounds: Hermes, nº 40, 1978.

En los cerca de 200 fragmentos que, en conjunto, se conservan de estos biógrafos, encontramos escasa información netamente filosófica. Destinadas estas obras —como el género biográfico en general— a un público muy amplio, las cuestiones doctrinales pasan a segundo plano o, si son traídas a colación, es en la medida en que involucran algún rasgo psicológico o moral relevante.

Tras la época de florecimiento, la producción de Vidas, en general, disminuye. En el Siglo I (?) hay que reseñar, sin embargo, a Diocles de Magnesia, autor de unas Vidas de Filósofos, muy importante para El cinismo: es quien proporciona una parte substancial de la información que usa D.L. en su libro VI, dedicado a la escuela cínica<sup>(7)</sup>.

Repitamos, pues, que no se hallaba en este tipo de biografías de filósofos exposición filosófica alguna, siendo en este similares a otras producciones del género (Vidas de estadistas, literatos, etc.), salvo que aquéllas contendrían quizá mayor número de apotegmas, máximas, etc. La biografía se esfuerza en ofrecer a un público muy amplio la caracterización de un tipo humano, en la forma más atractiva, amena y edificante posible. La invención juega su papel y la historicidad pasa a segundo plano: las mismas anécdotas se atribuyen a diferentes protagonistas sin demasiados escrúpulos, pues interesa la creación de una figura ideal e idealizada; y de un repertorio de frases célebres o situaciones —tipo se escogen las que mejor se acomodan a la psicología atribuida al personaje. Naturalmente, esto no significa que se desatiendan por completo las fuentes históricas, pero el género biográfico se mantiene a medio camino entre el trabajo de investigación histórica y la construcción de "caracteres"; ambos aspectos son difíciles de separar.

---

(7) Diocles es citado 10 veces en el libro VI y 20 veces en toda la obra de D.L.

Y no sólo la fidelidad histórica se resiente de ese tratamiento; también lo hace la filosofía; para el escritor de Vidas, una - respuesta ocurrente, una anécdota chispeante, una máxima sentenciosa, un comportamiento trivial pero llamativo o extravagante, refleja mejor el talante, el ethos de un personaje que la tediosa cita de sus obras o la recepción de complejas doctrinas.

Estos autores de Vidas, son, pues, los citados por D.L. en relación con nacimientos, ascendencias, relaciones familiares, fiestas y banquetes, motez y apodos, viajes, sueños premonitorios, batallas, disputas de ingenio con otro filósofo, epigramas, testamentos, y en fin, en relación a un vasto y en ocasiones trivial anecdotario, del que nuestros libros están repletos.

#### B - SUCESIONES

Las Sucesiones son un tipo de literatura que florece en torno a los siglos II y I A.C. En él intenta establecer la sucesión cronológica de los diversos filósofos<sup>(8)</sup>, encuadrados en sus respectivas escuelas. A juzgar por los escasos fragmentos conocidos y por los lugares en que las obras son citadas, podemos hacernos una idea de su contenido: se ocupan casi exclusivamente en consignar relaciones de discipulado.

Para ello, se aportan datos biográficos (lugar de origen, ascendientes, a veces referencias bibliográficas) y anécdotas o máximas que el autor considera significativas en orden a ejemplificar el talante filosófico del biografiado. Esta primacía de elementos biográfico-anecdóticos resta a las Sucesiones carácter doctrinal: las obras o el pensamiento de los filósofos apenas es estudiado como tal. Las aportaciones de cada filósofo particular no son consignadas y sus innovaciones teóricas quedan subsumidas en la doctrina general de la escuela. Interesa más el conjunto que la indi-

---

(8) Aunque el género no debió circunscribirse a los filósofos: conocemos algunas Sucesiones de Médicos.

vidualidad solitaria; se subraya la manera en que un filósofo es - fiel a las líneas generales de tal escuela, a través de su relación de discipulado con el representante cronológicamente anterior.

Sin duda, en este género de las Sucesiones hemos de ver el origen de la obsesión consistente en reducir toda influencia intelectual a la relación lineal maestro/discípulo, incluso cuando ésta es dudosa e inexistente (¿es éste el caso de la lista ofrecida en IX, 116?). Al final, se cierra el círculo y todas las escuelas buscan remontar su ascendencia hasta Sócrates: se convierte a sus fundadores en discípulos de éste -directa o indirectamente- y las escuelas devienen, ellas mismas, "socráticas"<sup>(9)</sup> (lo de "Menores" ya es imposición de otro género literario más actual: el de los manuales de historia de la filosofía).

En resumen, las Sucesiones están más interesadas en la historia externa de la filosofía y carecen de contenido dactilográfico. Son usadas, pues, por D.L. en las partes biográficas de su obra.

Citemos algunos ejemplos de autores de Sucesiones o Diadochai, en orden cronológico aproximado:

-SOCION DE ALEJANDRIA <sup>(10)</sup>	(C. 200 A.C.)
-HERACLIDES	(C. 175-50 A.C.)
-SOSICRATES	(C. 100 A.C.)
-ALEJANDRO	(C. 75-50 A.C.)
-ANTISTENES	(C. 100-50 A.C.)
-NICIAS	(C. 100 A.C.)

---

(9) El método llega al sumum de arbitrariedad con Apolodoro de Alejandria (siglo II A.C.), quien, basándose en la cronología de Eratóstenes, aplicó un método enteramente ideal: supuso que la acmé de cada filósofo tenía lugar a los 40 años y adjudicó sistemáticamente al maestro 40 años más que al supuesto discípulo, prescindiendo de más comprobación histórica.

(10) No es el maestro de Séneca, con el que a veces se le identifica. Es citado unas 18 veces por D.L. quien, sin embargo, tal vez le conociera sólo a través de un Epítome (Resumen) de Neráclides.

### C - SOBRE LAS SECTAS.

Tampoco es mucho lo que sabemos sobre las características de este tipo de obras y sobre sus autores<sup>(11)</sup>, pero parece lo más verosímil que en ellas se estudiaran sólo las escuelas o sectas postso-cráticas, e.e., las escuelas de contenido predominantemente ético<sup>(12)</sup>.

A diferencia de las Sucesiones, el contenido de este tipo de tratados es doctrinal y escasamente biográfico. Parece más interesado en la exposición de las teorías filosóficas en términos globales, prescindiendo de las posiciones concretas de cada autor en particular.

El enfoque más teórico de este grupo de obras, reservaría su uso por D.L. a las discusiones sobre los topoi o lugares doctrinales de cada escuela.

Los autores citados por D.L. son aquí:

-HIPOBOTO (Segunda centuria A.C.) = 15 veces citado.

-PANECIO.

-CLITOMACO.

-APOLODORO

-ARIC DIDIMO (Citado como Epítome por D.L.)

-TEODORO

---

(11) Señalemos también aquí el carácter dudoso de algunas identificaciones:

Apolodoro = Apolodoro Epicureo?

Teodoro = Teodoro mencionado en D.L. 10.5?

Por otra parte, el Epídrome de Diocles de Magnesia debería ser incluido en este tipo de literatura, según J. Mejer, op. cit., 80.

(12) Como parece desprenderse de la lista de escuelas estudiadas por Hipóboto (D.L. I, 19) y como sugiere el mismo término - háresis, aplicable a opciones o sectas morales (Cfr. J. Mejer, op. cit. 75 s.s.)

D - DOXOGRAFÍAS. (12 bis)

Desde Diels<sup>(13)</sup>, se llaman doxógrafos los autores de obras sobre las doctrinas y opiniones (dóxai) de los filósofos antiguos.

La tradición doxográfica se inaugura magníficamente con la obra de Teofrasto, fuente de la mayoría de las obras posteriores. Este es el primero en compilar las doctrinas filosóficas precedentes<sup>(14)</sup>. Escribió dieciséis libros de Opiniones de los Físicos. Nos queda, en parte, el último libro, y fragmentos del primero. Según este modelo, se dividía la obra en secciones, cada una de las cuales trataba un tópico o tema (por ej. el movimiento) y se pasaba revista a lo que sobre el mismo habían escrito los diferentes filósofos.

Especial interés posee la Colección de Opiniones de Aecio (S. II D.C.). De ella se derivan dos compendios muy semejantes: Epítome de las Opiniones Físicas, en 5 libros y los Extractos Físicos, citados por Estobeo en su Antología.

---

(12 bis) No incluimos aquí los biógrafos o autores de Sucesiones, como a veces suele hacerse (Por ej., Kirk y Raven, Filósofos Presocráticos, Gredos, Madrid, 1970, pag. 16, s.s.). Para mayor claridad, hemos separado 4 grupos. Ya Burnet distinguía entre doxógrafos y doxógrafos biográficos.

(13) O Hermann Usener, autor de la edición crítica de fragmentos de Epicuro según Rudolf Pfeiffer: Historia de la Filología Clásica, Ed. Gredos, Madrid, 1981 (pag. 161, nota).

(14) Aristóteles, su maestro, inaugura la costumbre de encabezar los tratados con un exámen general de las opiniones precedentes; y el estímulo a la empresa de historiar el saber es también de raíz aristotélica, característica del Liceo: Eudemo se ocupó de la historia de la teología y las matemáticas; Menón, de la historia de la medicina, etc.

La colección de Aecio, sin embargo, no deriva directamente de Teofrasto, sino de un compendio de la misma realizado en el siglo I, A.C., llamado Vetusta Placita. Ambas colecciones consisten en preguntas concretas (¿Cómo percibimos? ¿Cómo es posible el movimiento?) a las que se responde desde el punto de vista de cada filósofo.

Como es natural, estas obras son consultadas por D.L. en las partes doxográficas o doctrinales de sus Vidas.<sup>(15)</sup>

Hay, desde luego, otras fuentes doxográficas, pero no son más que meros títulos para nosotros y, algunas de ellas, circunscritas a autores específicos.

7 - Además de los cuatro grupos anteriores, bien delimitados (Vidas de Filósofos, Sucesiones, Sobre las Sectas, Doxografías), D.L. hace uso de otro diverso material como por ejemplo, los escritores de Misceláneas, género muy estimado en la época (ss. II y III), mezcla de informaciones de todo tipo. De este género era cultivador el miembro de la Segunda Sofística Favorino de Arelate, (C. 150 d.c.), autor de una Miscelánea Histórica<sup>(16)</sup> y de las Memorabilia. Es la fuente más citada por D.L. (nada menos que 50 veces en toda la obra), lo que hizo sospechar a algún estudioso que había sido -plagiado o, al menos, era la fuente principal de Diógenes. También usó la Crónica, de Apolodoro, citada unas 25 veces.

---

(15) Diels, basándose en que D.L. ofrece a veces dos versiones de la misma doctrina, una de carácter general y sumario, y otra más detallada, sostuvo una doble fuente doxográfica. De todos modos, no se puede establecer el origen y naturaleza de esas fuentes, y, por lo tanto, el expediente de postular una doble fuente es problemática.

(16) Pantodapè Historia: "Historia Varia".

Respecto a los filósofos clásicos, es opinión unánime que - no poseía conocimiento directo de los mismos, salvo Epicuro y Platón<sup>(17)</sup>, y, quizá, algunas obras hoy perdidas de Aristóteles.

8 - Del repaso al panorama anterior, Mejer concluye que, a pesar de la gran cantidad de obras informativas sobre filósofos particulares, comentarios a obras de filosofía, tratados sobre la diferencia entre filósofos o escuelas de filosofía, obras polémicas contra o sobre (prós o perí) tal o cual filósofo, lo cierto es que no puede hablarse de una "Historia de la Filosofía" tal como hoy la entendemos<sup>(18)</sup>. Faltaba para ello el concepto de evolución, desarrollo y carácter acumulativo, rasgos que hoy asociamos a la idea de historia de la filosofía. (Tal vez no había "historia de la filosofía" porque, sencillamente, no había "historia", es decir, esa concepción lineal, que el cristianismo introduce y que hallamos plenamente desarrollada en Agustín, para quien la historia es "historia de la salvación", dotada, por lo tanto, plenamente de sentido)

No existe en los escritores alejandrinos que historian la filosofía eso que hoy nos es tan familiar y que se llama, algo ampulosamente, una perspectiva: las escuelas filosóficas no se "superan" unas a otras ni son estadios en orden a ninguna "síntesis superior".

---

(17) En el caso de Platón, hay que señalar que en la época de nuestro autor (principios del S. III, D.C.), su conocimiento estaba muy extendido y existía enorme interés por sus Diálogos, - en relación, además, con el movimiento de la segunda sofística. Platón y Aristóteles son citados unas 20 veces cada uno.

(18) J. Mejer. op cit., 68.

9 - Diógenes Laercio es un epígono de una larga floración de compiladores, historiadores, biógrafos y doxógrafos honrados, sinuocidad y capaces. Así pues, su labor debe ser juzgada por lo que es: una compilación laboriosa, honrada y prolija de la variada literatura anterior.

De su laboriosidad y carácter meticuloso, puede el lector hacerse una idea considerando el impresionante -impresionante en cantidad y variedad- acopio de materiales que emplea y de los que hemos dado sólo breve referencia en el párrafo 4. Basta ahora recordar que sobre unos 200 autores y 300 obras son citados explícitamente. En este sentido, las hipótesis que antaño pudieron mantenerse, según las cuales D.L. se habría limitado a seguir de modo servil a algún autor precedente<sup>(19)</sup>, parecen hoy difíciles de sostener<sup>(19)</sup>.

Acerca de su sentido crítico respecto a las fuentes que maneja, también hoy en día las opiniones son más ecuanímes<sup>(20)</sup>. Hay un hecho evidente y es que D.L. no es autor que se contente con una sola autoridad, sino que ejecuta con asiduidad innegable el trabajo de selección y combinación de las mismas. A veces se aportan 3 ó 4 testimonios en apoyo de un hecho y cuando las fuentes son dudosas

---

(19) Tal como pretendía F. Nietzsche, para quien las Vidas serían un epítome (resumen) de la obra de Diocles; E. Maass, quien postulaba lo mismo respecto a la obra de Favorino; o N. Usener, de la de Nicías de Nicea. W. Cronest amplía a 15 las fuentes principales y a 7 las secundarias.

(20) Por ej., H.S. Long: "El valor de cada sección de D.L. depende del valor de sus fuentes: por ejemplo, la reseña de la doctrina estoica es fielísima; las citas directas de Epicuro son valiosas; las vidas de Pitágoras y Empédocles contienen buen material (...); las vidas de Platón, Aristóteles, los jefes de la escuela estoica y algunas otras constituyen excelentes re-

o se contradicen se recurre, si ello es posible, al análisis y -  
contrastación de las mismas.

10 - Que, sin embargo, el resultado final sea algo decepcionante y a D.L. se le amotinen los datos dando una impresión lamentable de confusión, desquido y desorden, pueda entenderse considerando los materiales y técnicas de trabajo de un compilador del S. III, que usando el rollo de papiro -o pergamino- como material de escritura, no podía a la vez leer y tomar notas (había que enrollar y - desenrollar el papiro con ambas manos y además no era fácil localizar un pasaje concreto)<sup>(21)</sup>; de modo que se citaba de memoria. Las dificultades de manejo se multiplicaban a medida que el número de fuentes a consultar se incrementaba y, junto al texto primitivo, se iban insertando multitud de notas marginales, llamadas, escolios, referencias, abreviaturas, etc. con lo que, en la redacción definitiva, la probabilidad de errores, atribuciones equivocadas y confusiones en general era muy alta. Esa circunstancia explica, además, las características de estilo: los selecismos, enálages y, en general, contradicciones y cambios bruscos, reiteraciones y paráfrasis de todo tipo; tanto más si, por los motivos que fuera, la obra no llegó a una redacción definitiva.

---

tratos literarios, si los despejamos de acotaciones extravagantes".(Artículo "Diógenes Laercio", en Encyclopedia of Philosophy, I, 408, Paul Edwards, ed, Mac. Millan and Free Press. New York-London, 1967.)

(21) J. Mejer, op. cit., 16.

Pero si el valor literario se resiente, como es natural, con tal agregado de interpolaciones, ese desaliño constituye, por otra parte, garantía de la efectiva consulta y literalidad de las autoridades citadas, de la existencia de multitud de apuntes, extractos y recensiones y, en definitiva, una prueba de la meticulosidad y honradez -y, desde luego, falta de originalidad- de D.L.

11 - En lo que al libro IX se refiere, en los párrafos 61-116 en - que se trata de la doctrina escéptica, las fuentes de D.L. son - fuentes escépticas en su mayoría, en gran medida comunes a las usa das por S.E.

Tales fuentes son desconocidas, pertenecientes, sin embargo, a la doxografía de la escuela. Y son diversas, a juzgar por las di ferentes presentaciones de los tópicos (ej.: la definición de criterio de IX, 44 no se corresponde con la de IX, 94, repetido en la referencia a Demócrito<sup>(22)</sup>). Los párrafos IX, 78 (referencia a Ene- sidemo), IX, 76 y IX, 105 (referencias a Timón) pueden cotejarse - con SE, H.P. I, 17 y A.M. VII, 30, con lo que los Loci Comunes de la doxografía escéptica han debido estar presentes en ambos casos. Se cita a Ascanio de Abdera en IX, 61, autor desconocido.

Ade más de las citas explícitas, no podemos pasar por alto a Favorino de Arelate (circa 80 - 150), discípulo de Dión de Prusa - -vive, pues, en el apogeo de la segunda sofística- el autor más cita do (50 referencias) en el conjunto de las Vidas y del que sin duda se ha usado su Πυρρωναίου Τρόπων en IX, 87 (A. Barigazzi, Favorino di Arelate, Firenze, 1966, 172). Otros autores, como Aristóteles, son citados indirectamente (IX, 81) o con relación a homónimos: Diocles de Magnesia.

---

(22) Bahnsch, Friedrich apud Mejer, op. cit., 7.

De la mayor relevancia para nuestro propósito es el conocimiento de las fuentes que usa D.L. en IX, 115 - 116 para la sucesión de los filósofos escépticos. Von Kude sugiere Soción e Hipóboto. El primero, fundador verdadero del género de las Sucesiones, vivió circa II A.C., pero el éxito de su obra hace que se compongan epítomes. El más conocido es el de Heráclides de Leabos, contemporáneo de Ptolomeo VI Filometor, obra usada por D.L. que probablemente no consultaba la obra de Soción directamente. De Hipóboto podemos decir otro tanto: aunque la fecha es asimismo discutida, - su obra se considere contemporánea -si no anterior- a la de Soción<sup>(23)</sup>. Ya se ve, pues, que tales atribuciones son insostenibles.

Desde luego, en IX, 115 puede haber una referencia al Peri hairesesōn o al Ἡ τῶν φιλοσοφῶν αναγραφὴ de Hipóboto; pero la atribución no se puede extender más allá de los discípulos de Timón. A partir de Eubulo, con quien se abre un nuevo párrafo, el tratamiento es continuo y corriente: la hipótesis de una única fuente es muy plausible. En tal caso, no puede tratarse de una del tipo Sobre las Sectas o las Sucesiones ( διαδοχαί ), que - mueren hacia la época de Augusto (en el caso de Sobre las Sectas, no suele incluirse a los escépticos, a los que no se considera en esta literatura que deja de lado a cínicos, eléaticos y escuelas dialécticas, pues, "como ocurre con los pirrónicos, tan indefinidas son sus conclusiones que difícilmente algunas autoridades les toman en consideración como sectas: "D.L. I, 20. (Ver en D.L. IX, 70 y 74 ss. discusión sobre este tópico; igualmente acontece en el caso del cinismo: VI, 103).

---

(23) Mejer, op. cit., 69 ss.

Si a todo lo anterior unimos el tratamiento por D.L. de ciertos tópicos del escepticismo, en particular los tópicos de la epoché, en IX, 87 ss., basados en fuentes escépticas de primera mano, comunes a D.L. y S.E., como categóricamente ha mostrado Janacek<sup>(24)</sup>, hay que colegir el conocimiento y uso por parte de nuestro autor de la doxografía escéptica.

12 - Este conocimiento directo del material escéptico hay que unir lo a otro dato insólito en D.L. Nuestro autor no historia las escuelas de filosofía, ni cita a sus representantes más allá del S.I. a. C. (en consonancia, como es bien sabido, con la actitud general de su época - S. II y III - de interés exclusivo e imitación de la época clásica: Pausanias sólo describe monumentos anteriores al S. II a.C.; Ateneo sólo cita a poetas anteriores al 300 a.C., etc.). Los últimos autores citados son respectivamente (dejando aparte - los libros I y III dedicados a los Siete Sabios y a Platón): Menedemo, discípulo de Fedón, (c. 350 - 276 a. C.), Clitómaco (c. 130 a. C.), Heráclides Póntico (muerto c. 330 a.C.), Menedemo, cínico - (c. 300 a.C.), Crisipo, (c. 262 - 209 a. C.), Eudoro (c. 407 - 357 a. C.) y en libro X, Basílides (c. 200 a.C.); sin embargo, cita a Sexto: — Este hecho sorprendente en un autor para quien, como señala Mejer<sup>(25)</sup>, la filosofía es una creación eminentemente griega y data su acta de defunción en la época en que, por una parte, el proceso orientalizante, barbarizante, penetra en ella y, por otra, el fenómeno ecléctico borra las fronteras entre escuelas, evolución que Diógenes Laercio, I, 21, ve culminar en Polemón (S. I. a. C.), ha llevado a pensar en una posible filiación escéptica. En

---

(24) Janacek, C: *Diógenes Laertius IX, 101 und Sextus Empiricus M XI. 69 - 75*. (Charisteria F. Novotny octogenario ablata, 1961.)

(25) Mejer, loc. cit.

efecto, en IX, 109 se refiere al escéptico Apolónides como ho par' hōnōn, lo que puede significar identidad de escuela filosófica, de ciudad (Nínea) o relación de parentesco (éste es el sentido usual en el N.T.).

Admitamos esta adscripción o nos inclinemos por la alternativa epicúrea, el hecho es que tenemos en D.L. una autoridad de primer orden, conocedor directo de la literatura escéptica y que si, en general, como ya hemos señalado, es autor de escrupuloso, honrado y cuidadoso proceder, en el caso del escepticismo sus noticias son de la máxima fiabilidad, y, desde luego, nos proporciona la más valiosa en orden a la datación de S.E. Pasemos, pues, a examinarla con el detenimiento que se merece, revisando asimismo la literatura existente a su respecto.

13 - En IX, 116, D.L. dice:

"De acuerdo con Menodoto, él (Timón) no tuvo sucesor sino - que su escuela quedó eclipsada hasta que Ptolomeo de Cirene la restableció.

»Hippóboto y Soción, sin embargo, dicen que fueron discípulos suyos Dioscórides de Chipre, Nicólojo de Rodas, Eufranor de Seleucia y Praulo de Tróada. Este último, según dice el historiador Filarco, fue de ánimo tan valeroso que sufrió suplicio injusto como traidor a su patria sin dirigir una sola palabra a los ciudadanos en su propia defensa.

»Eufranor tuvo por discípulo a Eubulo de Alejandría; de éste lo fue Ptolomeo y de Ptolomeo lo fueron Sarpedón y Heráclides; Heráclides, por su parte, fue maestro de Enesidemo de Cnosos, el - cual escribió los ocho libros de discursos pirrónicos; Enesidemo - fue el maestro de Zeuxipo hopolités; de éste lo fue Zeuxis, llamado patizambo; de éste, Antíoco de Laodicea en Lyco, que tuvo como discípulos a Menodoto de Nicomedia, un médico empírico y a Theodas

de Laodicea; Menodoto fue maestro de Herodoto de Tarso, hijo de -  
Atico, y Herodoto lo fue de Sexto Empírico, el cual escribió diez  
libros de los escépticos y otros bellísimos. Sexto fue maestro de  
Saturnino, llamado Cythenas, también el médico empírico".

14 - Gráficamente representamos así la sucesión:

Timón de Eflunte.

Euforanor de Selencia, Dioscórides de Chipre, Nicólojo de Rodas,  
Paulo de Troada.

Eubulo de Alejandría;

Ptolomeo de Cirene;

Sarpedón, Heráclides;

Enesidemo de Cnoso;

Zeuxipo ho polítēs

Zeuxis llamado 'Patizambo'.

Antíoco de Laodicea de Lyco

Menodoto de Nicodemia, Theodas de Laodicea;

Herodoto, hijo de Arico, de Tarso;

Sexto Empírico

Saturnino.

15 - Hay por lo menos dos personajes en esta lista -a parte de Pi-  
rrón y Timón, los iniciadores- que pueden ser datados con cierta -  
precisión: Enesidemo y Heráclides.

Respecto al primero, desde V. Arnin<sup>(25)</sup>, se acepta la fecha aproximada de c. 80 - 60 a. de C. Esta fecha concuerda, de una parte, con el informe de Hipóboto y Soción en la referencia

---

(26) V. Arnin: Quellenstudien zu Philo von Alexandria. Philologische Untersuchungen, XI, 1888 pag. 76 ss.

Naas. De Philosophorum Scepticorum Successionibus, Diss. inaug., 1) Wurtzbourg, Stuber, 1875, defendió una fecha parecida: c. 60 a. de C. Ésta ha sido igualmente defendida por Natorp (Forschungen zu Geschichte des Erkenntnis Problems im Alterthum. Berlin: Fertz, 1884) y Diels (Doxographi Graeci, 211).

El principal argumento externo es la identificación - del L. Tuberon de la referencia en Focio [Kyriob. cod., 212], noble romano al que los Pyrrhonsioi Logoi estaban dedicados, con el Tuberon amigo de Cicerón: "Photius Biblioth. cod. 212 nobis tradit Aenesidemi librum, qui inscriptus erat Πυρρώνειοι λόγοι dedicatus fuisse τῶν ἐξ ἱκαδημίας τινὶ συναρπεισιώτῃ Λευκίῳ Τροβέρωνι γένος μὲν ἑωμαίῳ δόξῃ δὲ λαμπρῷ ἐκ προγόνων καὶ πολιτικῆς ὀρχῆς οὐ τὰς τυχοῦσας μετιόντι."

Vix dubium esse potest, quin Photius L. Aelium Tuberonem Ciceronis amicum dicat. Inde apparet Aenesidemum quoque vel Ciceronis aequalem vel paulo tantum minorem fuisse. Bene igitur, ut puto, Goedechemeyer l. l. p. 211 circa Tricesimum a. Chr. n. annum eum floruisse dicit". [Aemilius Issel: Quaestiones Sextinae et Galenianae, Marburg, 1917, pag. 14]. El argumento ex-silentio (¿cómo Cicerón tan cuidadoso expositor de las doctrinas académicas no iba a nombrar a un filósofo de la importancia de Enesidemo?) tiene el valor que se quiera conceder a

de Diógenes Laercio ya citada. Cierta que, de creer a Menodoto, Pirrón no tiene sucesor y su secta sufre un eclipse hasta reaparecer enseguida con Ptolomeo de Cirene. Pero, sea cual fuere la verdad -y uno se vería inclinado tanto a aceptar el testimonio del es

---

(sigue nota 26) este tipo de argumentos.

Muchas circunstancias han venido a explicar el silencio ciceroniano (ver Brochard, op. cit. 245 ss.) y aún otras podrían añadirse. Hay además otra evidencia independiente: el mismo Focio nos informa de que en el tiempo de Enesidemo la Academia se había casi convertido al estoicismo. El pasaje de H.P. I, 235, referido a Antíoco (muerto c. 68 a. de C.) viene a expresarse en parecidos términos: 'οὐ γὰρ ἐπὶ τῆς καθήκειας φησὶ, μάλιστα τῆς νῦν, καὶ Στωϊκῶν συμφέρονται ἐνίοτε δόξαις, καὶ ἐν χρητῶν ἀληθῶς εἰπεῖν, Στωϊκοὶ φαίνονται μαχόμενοι Στωϊκοῖς.'

Maccoll sugirió la fecha de 130 d.c. basándose en una interpretación de un texto de Aristoteles [Ἐπιτομή Ἐπιτομῆς Ἐπιτομῆς, Περὶ Ἐπιτομῆς, 23: Ἐπιτομῆς δ' ἐπιστραφέντος αὐτῶ, ὡς εἰ μὴδὲ ἐγένοντο τὸ παράπαν, ἔχρες καὶ πρώην ἐν Ἀλεξανδρείᾳ τῆ κατ' Ἀλεξανδρῶν Ἀθηναίων τις ἀναζωπυρεῖν ἤρξατο τὸν ὕθλον τοῦτον],

por completo falta de fundamento: Pretende que εσχθῆς καὶ πρόην se refiere a Enesidemo como habiendo vivido recientemente. Como ya apuntó Brochard, op. cit., 242, si "recientemente" representa un periodo de 70 ó 100 años ¿por qué no habrían de ser 150 ó 200? [está claro que la expresión se refiere a la división de escepticismo "nuevo" frente al más antiguo o pirrónico.

Ritter y Zeller fijan la fecha a inicios de la era cristiana, pero sobre la única base de atribuir la de 180 - 200 a Sexto Empírico y suponer 25 años en la sucesión de cada jefe de Es-

escéptico por razón de su filiación cuanto el de los autores de ediciones por su cercanía cronológica<sup>(27)</sup> -lo cierto es que de ambos informes, aunque contradictorios, se desprende que Ptolomeo no debe estar separado de Tiaón por más de dos generaciones; y, además, permite -lo que nos parece esencial, siguiendo a Vollgraf- -identificar al maestro escéptico de Enesidemo con el médico empírico Heráclides de Tarento, discípulo de Nantias, citado por Galeno. Esta identificación, propuesta por Haas, es aceptada por el compilador de los testimonios sobre la Escuela Empírica de "medicina"<sup>(28)</sup>

---

(sigue nota 26) uela. Como precisamente es la fecha de Sexto Empírico lo que está en cuestión, el método no puede dejarnos satisfechos. En el caso de Zeller el argumento sería, además, -circular, como veremos al hablar de Sexto Empírico.

(27) Y no necesariamente el del escéptico 200 años posterior, como quiere Brochard, op. cit. 229 ss.

(28) K. Deichgräber: Die Griechische Empirikerschule. Sammlung der Fragmente und Darstellung der Lehre, Berlín, 1930.

También acepta la identificación de los dos Zeuxis: op. cit., pag. 333 y Fragmentos 168 - 248 de la op. cit. referentes a Heráclides.

Para las dificultades que se oponían a la identificación ver Zeller y Brochard, op. cit., 231-233. Fundamentalmente se debían al "Obstacle insurmontable de la chronologie", porque - los historiadores de medicina de la época (Daremberg: Histoire des Sciences Médicales, París, 1970 y Sprengel: Versuch einer pragmatischen Geschichte der Arzneikunde, Halle, 1800, ambos apud Brochard, op. cit. 232 - 233) habían asignado erróneamente a Heráclides de Tarento la fecha de 250 - 220.

y, a partir de él, generalmente admitida.

En efecto, Heráclides de Tarento vive aliquanto post Glaukias<sup>(29)</sup> y Apolonio el Mayor. De esto y una cita apud Heliodoro, se puede determinar para Heráclides una fecha c. 75 a. de C.<sup>(30)</sup>. Algo más tarde viviría el comentarista de Hipócrates, Zeuxis. Su término post quem es Glaukias al que cita (Fragmento 354)<sup>(31)</sup> y el

---

(29) Quen [Serapion] Apollonius et Glaucias et aliquanto post Heraclides Tarentinus et aliqui non mediocres vivi secuti ex ipsa professione se empiricos appellaverunt. (Deichgräber, op. cit., pág. 40 FR. 4).

(30) "Glaukias ist nach (4) Zeitgenosse des älteren Apollonios. Aliquanto post (4) lebte Herakleides von Tarent, -wie jetzt auf Grund eines Zitats bei Heliodor (176) feststeht, um 75 v. Chr. (vgl. Ilberg, Archiv für Papyrusforschung, IV S. 279). Schon daraus möchte man schließen, daß er mit dem bei Diogenes genannten gleichnamigen Lehrer Ainesides, dessen Blütezeit in die letzten Lebensjahre oder kurz nach dem Tode Ciceros fällt, zu identifizieren sei. Die Zeit seines Lehrers Ptolemaios von Kyrene ist mit Herakleides Zeit auf etwa 100 v. Chr. bestimmt" (Deichgräber, op. cit. pág. 333).

(31) Deichgräber, op. cit. pag. 243 FR 354. ὅτι δ' οὗτος ἔχουσιν τὴν γραφὴν ἐπίστανται πάντες οἱ παλαιοὶ ἐξηγηταί, μαρτυρία καὶ παρὰ τοῦ Κεῦξιδος ἃν εἴη ἀρίστη· οὗτος γὰρ ὡς κακῶς ἐξηγησαμένου τοῦ Γλαυκίου τὴν προκειμένην ῥῆσιν οὐδὲν μὲν ἐγκαλεῖ περὶ τῆς γραφῆς·"

terminus ante quem Erotiano (principios del S. I), por el que es -  
citado. La identificación con Zeuxis el Patizambo es, como afirma  
Deichgräber, del todo verosímil<sup>(32)</sup> y concuerda con la noticia de  
D.L., IX, 106, quien le llama "conocido" (gnórimos) de Enevidemo.  
Vollgraff, en las conclusiones a su trabajo ya citado<sup>(33)</sup>, otorga  
a Zeuxis (y Alejandro Filaethes) la tardía fecha de c. 40 - 1 a.  
de C. Se ve obligado a ello al seguir la relación de Diógenes Laer-  
cio, quien hace a aquél discípulo de Zeuxippo, y empeñarse en apli-

(32) So würde es durchaus nicht unwahrscheinlich sein, daß der  
Skeptiker Zeuxis ho gnórimos (9) mit ihm gleichzusetzen sei.  
Zeuxis würde damit zum Schüler des Skeptikers Ainesides (281)  
und Lehrer des Antiochos, dürfte somit um Christi Geburt ge-  
lebt haben. (Deigräber, op. cit., pág. 333).

(33) G. Vollgraff: La vida de Sexto Empírico, artículo traducido al  
castellano por L. Gil Fagoaga como un apéndice a su traducción  
de los tres libros de Hipotiposis Pirrónicas, ed. Reus, Madrid,  
1926. El original apareció en la Revue de Philologie, de Litte-  
rature et d'Histoire anciennes, XXVI, 2, 1902.

Reproducimos las fechas asignadas por él a los miembros  
de la Escuela escéptica en la op. cit. pág. 212 de la versión  
castellana:

Timón (muere en) . . . . .	220
Eufrantor . . . . .	220 - 180
Eubulo . . . . .	190 - 160
Ptolomeo . . . . .	160 - 130
Sarpedón y Heráclides. . . . .	130 - 100
Enevidemo. . . . .	100 - 70
Zeuxippo . . . . .	70 - 40
Zeuxis y Alejandro Filaethes. . . . .	40 - 1
Antiocho . . . . .	1 - 30

car mecánicamente a cada sucesor un periodo de 30 años al frente de la Escuela. Pero esa fecha debe ser en exáctitud tardía, pues le aleja de Enesidemo en contra del testimonio de D.L. ya citado<sup>(34)</sup>. Se impone, pues, acercar más la fecha de Zeuxis y suponer que debió ser breve la jefatura de Zeuxippo, del que, a parte D.L., no poseemos testimonio ni mención alguna en toda la antigüedad.

---

(Continúa nota 33)

Menodoto . . . . .	30 - 60
Theodas . . . . .	60 - 75
Herodoto . . . . .	75 - 115
Sexto Empírico . . . . .	115 - 135
Saturnino. . . . .	135 - 165

(34) Testimonio que Vollgraff desestima: "expresión (s.o. Ainesi-  
démoti gnōrimos) que no implica—es necesario decirlo?—que Zeuxis haya sido del número de los discípulos propiamente dichos de Enesidemo". (Vollgraff, op. cit. pág. 207). Pero que sí implica —como tampoco es preciso recordar—en el uso normal de la época relación personal, normalmente la de discípulo.

16 - Nada seguro sabemos de Antico de Laodicea del Lyco, aunque luego volveremos sobre él a propósito de una conjetura de Vollgraff.

A Menodoto y Theodas, Deichgräber les situa en la primera mitad del S. II d. C.<sup>(35)</sup>. No hay, sin embargo, razón alguna para esta datación. Lo único que Deichgräber nos ofrece es un terminus ante quem (c. 160) basado en el conocimiento de los mismos en las más tempranas obras de Galeno: Sobre el Método y La Subfiguratio. De modo completamente arbitrario, el terminus ante quem se ha convertido, por efecto de prejuicio en terminus proximus ante quem. Nosotros mantenemos, naturalmente, su lugar cronológico correspondiente en la relación de D.L., situándoles en la primera mitad del S. I d. C.

17 - Respecto a Herodoto, maestro de S.E., reina la mayor confusión. Fue Haas<sup>(36)</sup> el primero que ordenó y comentó los testimonios sobre Herodoto en Galeno. De los nueve testimonios que cita -descontando el error de atribución de Gal. VI, 516 K-, tres son susceptibles de corrupción<sup>(37)</sup>, dos se refieren a cierto médico que vivió bajo Trajano y cuatro a un médico pneumático. Issel<sup>(38)</sup>, por su parte, añade otros dos testimonios omitidos por Haas: Gal. VIII, 751, 2 y Gal. XVII 999, 12, donde se alude a un Herodoto, discípulo de Agathino, miembro de la secta pneumática y contemporáneo de Arquígenes, e.e., de fines del siglo I d. de C.

---

(35) Deichgräber, op. cit. pág. 212 - 215 (por presumible error tipográfico en otro lugar, pág. 334, se lee "in die erste Hälfte des ersten Jahrhunderts vor Chr. setzen").

(36) P. Leauder Haas: De Philos. Scept. Successionibus, 8 ss. y 64 ss., Würzburg, I, 875.

(37) Gal. VII, 701 - 10; X, 474: Εὐρυφών τε καὶ Ἡρόδοτος > Ἡρόδοτος  
Según la muy verosímil conjetura de Issel: Quaestiones Sextinae et Galefianae. Marburg, 1917, pág. 10 y 11.

(38) Issel, op. cit., 12 ss.

¿Cómo no identificar al padre de este Herodoto, hijo de -  
Ariaco de Tarso<sup>(39)</sup>, con el conocido médico Lecanio Areo de Tar-  
so, que vivió en tiempos de Nerón o Trajano<sup>(40)</sup> y al que el no  
menos famoso farmacólogo Dioscórides dedicó su Materia Médica?

Habent sua Fata libelli, y un hado pertinaz se ha opuesto  
al éxito de aquella identificación de manera que, una vez pro-  
puesta, no ha podido ser rechazada con ningún tipo de argumen-  
tos sino que, sencillamente, ha caído en el olvido y -caso bas-  
tante inusual en una disciplina donde una esmerada, vigilante y  
parsimoniosa metodología hace excepcional la inadvertencia- ha  
debido ser redescubierta y nuevamente argumentada. En efecto,  
fue propuesta en primer lugar por Vollgraff<sup>(42)</sup>, luego por Well-  
mann<sup>(43)</sup> y, 50 años más tarde, vuelta a defender por F. Kudlien<sup>(44)</sup>,  
repitiendo los argumentos de Vollgraff, cuyo trabajo pionero pare-  
ce desconocer.

---

(39) D.L., IX, 116: Ἡρόδοτος Ἀριέως Ταρσέως o, como en-  
mienda F. Kudlien: Ἡρόδοτος Ἀρείου Ταρσέως (Friedolf  
Kudlien: Die Datierung des S.E. und des D.L., Rheinisches Mu-  
seum für Philologie, 106, 1963, pág. 252, nota 1, Vid supra.

(40) Arquígenes vivió en tiempos de Trajano, según el Suidas.  
Asimismo, Cfr. Vollgraff, op. cit. 210: "El médico Lecanio  
Areo de Tarso debe su nombre a un bienhechor C. Lecanio Basso,  
cónsul en 64".

(41) Testimonios en Wellmann, R.E., II, 1, 1895, pág. 626.

(42) Vollgraff, op. cit. pág. 210.

(43) Wellmann, R.E., VIII, 1, 1912, pág. 990, apud Kudlien, op.  
cit., 252. "Warum muß eigentlich, wie Wellmann ohne Angabe  
von Gründen behauptet hat, dieser Herodot unbedingt ein Philo-  
soph und auf jeden Fall ein anderer sein als der bekannte -  
gleichnamige Arzt aus trajanischer Zeit? Zellers Identifizie-  
rung der beiden dürfte demgegenüber nach wie vor diskutabel  
sein, wird sogar durch nicht unerhebliche Indizien gestützt."

(44) F. Kudlien, op. cit., pág. 252.

18 - Y, como es natural, siguiendo este orden de ideas, Kudlien -  
llega -contra la communis opinio de los estudiosos <sup>(45)</sup> a situar  
a nuestro S.E. circa 100 d. de C., según 50 años antes hiciera -  
Vollgraff.

Al alcanzar este punto, uno no puede menos que preguntarse  
qué poderosos argumentos pudieron pesar en el ánimo de filólogos  
tan ilustres como Zeller, Haas, Arnin, Pappenheim, Deichgräber y  
un largo etcétera, para mantener la fecha de fines del siglo II  
como la más verosímil para el añó de nuestro autor. Pues bien, -  
por extraño que pueda parecer, se trata de un solo argumento: el  
argumento ex - silentio: Galeno (129 - 200) no cita a S.E. a lo -  
largo de su obra. Que tan dudosa razón haya podido resistir de no

---

(45) Si bien es cierto que la generalidad de los eruditos sitúa a  
S.E. a fines del siglo II d. de C., algunas voces aisladas -  
habían protestado contra lo infundado de la datación, Así,  
Visconti: *Iconographie Grecque*, I, 311, n - 1 (apud Vollgraff,  
op. cit., 2,1). "La opinión más admitida le hace vivir hacia  
el fin del siglo II de la era cristiana. Yo observo, sin em-  
bargo, que Herodoto, su preceptor en la filosofía escéptica  
era hijo de Areo de Tarso (D.L., IX, 116); y que siendo Areo  
-al cual la protección de Lecanio Basso, cónsul en 69, había  
hecho dar el nombre de Lecanio Areo (Fabrico., Elench. Medicor,  
v. Aretis)- contemporáneo de Nerón, no podemos colocar a Sexto,  
discípulo del hijo de Areo, más tarde que hacia la mitad del  
siglo siguiente".

Igualmente, Issel, op. cit., pág. 14: "Inde quoque se-  
quitur Sextus, si quædam continuam seriem Scepticae scholae  
principum Diogenes nobis tradit, cum tardissime circa annum p.  
Chr. n. 150 floruisse, praesertim cum dubium sit, num reapse  
unusquisque Scepticorum principum tam diu quam sumit Zeller -  
principatum tenuerit, quia ut idem monet non semper discipulus  
magistrum secutus est, velut inter Menodotum et Herodotum -  
Theodas Menodoti condiscipulus principatum tenuit".

do tan contumaz a todo el cúmulo de indicios en contra disponible, apenas puede creerse. Pues si toda argumentación ex - silentio es ya de por sí dudosa, tanto más lo es en el caso de Galeno, del - cual, de los 34 libros que sobre los médicos y la medicina empíricas llegó, según su propio testimonio<sup>(46)</sup>, a componer, sólo se conserva un libro completo en su versión latina (Subfiguratio Empirica), otro inacabado Προτρεπτικός ἐπὶ ἰατρικήν y fragmentos de un tercero, περὶ τῆς ἰατρικῆς ἐμπειρίας.

De cualquier modo, el argumento quedó definitivamente refutado al demostrar Issel que el Pseudo-Galeno Εἰσαγωγή ἢ ἰατρός<sup>(47)</sup> que menciona a S.E., fue compuesto en la segunda mitad del siglo - II d de C.<sup>(48)</sup>.

---

(46) Según el catálogo de Περὶ τῶν ἰατρικῶν βιβλίων, IX, Cfr. Issel, op. cit., 9. Por cierto que, a este respecto, Issel - sostiene además que S.E. no es el único médico empírico sobre el que Galeno guarda silencio: Herodoto no sería tampoco mencionado. Y así, en op. cit., pág. 9 - 11, rechaza la referencia a Herodoto médico empírico de los testimonios que se referirían, según él, a un homónimo. Lo hace así, entre otras cosas, para contraargumentar el ex-silentio y poder de este modo datar a S.E. "cum tardissime circa annum p. Chr. n. 150".

(47) Pseudo-Galeno, Εἰσαγωγή ἢ ἰατρός, XIV, 684, 1. "τῆς δὲ ἐμπειρικῆς [αἰρέσεως] προέστησε Φιλίνος... μετὰ Φιλῖνον ἐγένετο Σεραπίων... μεθ' οὗς Κηνόδοτος καὶ Σέξτος..."

(48) En realidad, se trata de un terminus ante quem. Cfr. Kudlien, op. cit., 253: "Issel hat diese Schrift [e.e., la Εἰσαγωγή] in die 2 Hälfte des 2. Jhdts. n. Chr. gesetzt. Das letzte Wort über sie dürfte damit allerdings wohl noch nicht gesprochen und eine Höherdatierung nicht unmöglich sein."

19 - Veamos ahora si los indicios seguros que, al margen de nuestras anteriores conjeturas, poseemos acerca de S.E. confirman o se oponen a nuestra propuesta de cronología.

1 - Como terminus post - quem tenemos:

a) El Menodoto de la lista de D.L., a cuya problemática fecha acabamos de referirnos in extenso.

b) El personaje más reciente citado por S.E. en toda su obra es Enesidemo. El Basílides citado en C.M. VIII, 258 no puede ser el maestro de Marco Aurelio, como pensó Fabricio y en algún momento también Zeller<sup>(49)</sup>. Este nombre tampoco arroja, pues, gran luz sobre la época en que vivió S.E.

c) El argumento ex - silentio de Galeno ya ha sido antes excluido.

2 - Respecto al terminus ante quem hay que señalar.

a) Diógenes Laercio, repetidamente citado, y la fecha del cual, dependiendo a su vez de la de S.E., es objeto de polémica. La communis opinio la sitúa a principios o mediados del siglo III, pero esto es porque, habiéndose calculado para S.E. la fecha de fi nes del siglo II, no queda sino hacerle una o dos generaciones pos terior, pues el más reciente filósofo citado en las Vidas es, como

---

(49) En la 2ª ed. de su Philosophie der Griechen, pero rectificó en la 3ª ed., mostrando que se trataba de un homónimo, también filósofo estoico, incluido en la lista de otros 20 filósofos estoicos publicada en 1866 por Val. Rose: Hermes, I, 370, Berlín (apud: V. Brochard, op. cit., 315, n. - 8).

como ya vimos, Saturnino, discípulo de Sexto. Habiendo sido aquella fecha cuestionada, nada obliga a mantener esta otra. Y efectivamente, tal es la postura de Kudlien<sup>(50)</sup>, quien le sitúa en torno al 100 d. de C., es decir, la misma fecha que ofrece para Sexto, pues considera a ambos coetáneos bajo el argumento de que la expresión usada por D.L. (καὶ ἄλλα κάλλιστα : "y otros (libros) primorosos") es "muy llamativa y casi quiere parecer una consciente reverencia respecto a alguien aún vivo".

Sólo un dato es seguro: D.L. no pudo vivir más allá de mediados del siglo III, pues, la referencia al neoplatonismo sería entonces inexcusable, tanto más si consideramos la dedicatoria a la noble romana a la que se dice amante del platonismo, en el libro sobre Platón.

El primer autor por el que D.L. es citado es Esteban de Bizancio -siglo V- en su léxico geográfico titulado "Étnicas".

Como se ve, en vez de ser D.L. un terminus ante quem para S.E., debido a la falta de datos sobre el primero, más bien es - S.E. usado como terminus post quem para Diógenes Laercio<sup>(51)</sup>.

---

(50) F. Kudlien, op. cit., pág. 254: "Ich gestehe, daß mir gerade im Blick auf unser Thema die Bemerkung des Diógenes, Sextus habe 10 Bücher Skeptisches καὶ ἄλλα κάλλιστα geschrieben, auffällig ist und fast wie eine bewusste Reverenz gegenüber einem Lebenden Vorkommen will."

(51) Y, naturalmente, Favorino de Arelate, último autor al que cita profusamente. Como éste, discípulo de Dión de Prusa (40 - 120) y maestro de Herodes Ático (101 - 177), debió vivir c. 90 - 170, la conjetura de Kudlien que hace vivir a Diógenes Laercio circa 100 d. de C. es difícilmente sostenible.

b) La evidencia interna nos ofrece elementos más que sobrados para una fecha ante quem; si bien ésta, lógicamente, no puede ser tan precisa como la hallada por otros métodos externos a la propia obra, no por ello proporciona indicios menos seguros.

Efectivamente del conjunto de la obra de S.E. se desprende sin ningún género de dudas que la época de nuestro autor es la del predominio absoluto de la filosofía estoica. No hará falta multiplicar las citas <sup>(52)</sup>, porque se colige del tenor general de la obra: aunque todas las escuelas dogmáticas son traídas a colación, pues la pretensión de S.E. es refutar a todas las escuelas de filosofía sin distinción, los argumentos de la Estoa son con mucho los más detallada y minuciosamente expuestos, tanto cualitativa como cuantitativamente; y ello, con independencia de los tópicos de que se trate.

Las referencias a la doctrina estoica son, en el conjunto formado por las Hipotiposis y el Contra Dogmaticos <sup>(53)</sup> no menos de cien (algunas de estas referencias prolongándose a lo largo de pá-

---

(52) H.P., I, 65: "Este (sc: el discurso interno), en efecto, según los dogmáticos que son en la actualidad nuestros principales contradictores, es decir, los de la Estoa..." El texto griego es: "Οὗτος τοίνυν κατὰ τοὺς μάλιστα ἡμῖν αντιδοξοῦντας νῦν ἰσογματικοὺς, τοὺς ἀπὸ τῆς στοᾶς..." donde el sentido temporal externo del "νῦν" es bastante claro; pero no puede excluirse por completo la referencia interna: "que ahora (i.e., 'en el tema presente') son nuestros principales oponentes".

(53) Los seis breves libros que constituyen el Contra los Sabios requieren, como es lógico, un tratamiento distinto, pues allí no son tratadas doctrinas o escuelas filosóficas. Más adelante nos ocuparemos de este conjunto.

rrafos enteros); y los filósofos estoicos son mencionados individualmente 41 veces (el conjunto de referencias a los epicúreos -filósofos individuales y sus doctrinas- es de 66: el de Platón, 37 y el de Aristóteles<sup>(54)</sup>, 20.)

Es notorio que el estoicismo -cuyo último representante es griego es Marco Aurelio- entra en profundo declive al inicio del siglo III, aun antes de ser suplantado de modo definitivo por el neoplatonismo de mediados de ese siglo. Aunque ello no nos proporcione una fecha concreta, impide situar a Sexto en el siglo III, -sumando este indicio a los demás que ya hemos expuesto.

20 - En conclusión, todo lo anterior concurre a situar la acae de nuestro médico y filósofo escéptico en el siglo II d. de C. y, muy verosímilmente, en su primera mitad.

Ahora bien, esta conclusión concuerda perfectamente con los resultados hallados en la hipótesis especulativa de Vollgraff. Como es bien sabido, de premisas falsas pueden derivarse conclusiones fácticamente verdaderas; sin embargo, esta confirmación obtenida por otros medios hace cuanto menos plausible aquella hipótesis.

---

(54) Obviamente, no incluimos en el cómputo las citas de filósofos y las referencias a doctrinas de la Academia Tercera, Cuarta y Quinta, en la terminología de S.E., es decir, de Arcesilao o Antiocho de Escalón, de tendencia escéptica. Suman éstas en total, de todos modos, 6 referencias al conjunto y 30 a filósofos individuales.

Si ahora, intentando afinar un poco más, quisiéramos usar el método seguido por este filólogo (es decir, por una parte, suponer correcta la Sucesión de Hipóboto y Soción en D.L., y, por otra, estimar un número determinado de años para cada sucesor), pero modificándolo en dos aspectos, a saber, evitando aplicar mecánicamente el cómputo de 30 años por sucesor a la cabeza de la Escuela cuando tengamos algún elemento externo que lo justifique y, en segundo lugar, cuando aquel elemento falte, rebajando este promedio hasta 25 años, lo que parece más razonable, podríamos arriesgar el siguiente cuadro, con el que cerramos definitivamente este apartado:

ENESIEMO . . . . .	80 - 60	
ZEUXIPO		
ZEUXIS, AGRIPA(?) <sup>(55)</sup> . . . . .	60 - 1	[NERON 54-68]
ANTIOCO . . . . .	1 - 60	
MENODOTO		
THEODAS . . . . .	60 - 85	
HERODOTO . . . . .	85 - 110	[TRAJANO 98-117]
SEXTO . . . . .	110 - 135	[MADRIANO 117-138]

---

(55) Siendo en este tramo muchos los años a cubrir, resulta tentador llenar la laguna con otros nombres de escépticos conocidos que vivieron por esas fechas, como el Agripa que tan importante lugar ocupa en el desarrollo de los argumentos o tropos escépticos. Se opone a este expediente, sin embargo, la difícil explicación que tendría el olvido de D.L., cuando éste mismo le ha citado profusamente párrafos más arriba, en la exposición de la doctrina escéptica: D.L., Vidas, IX, 88 ss.

## II- LA ESCUELA DE MEDICINA EMPIRICA

### A - ANTECEDENTES

"Sensus enim ducit nos ad experientiam, ratio vero ducit dogmaticos ad indicationes".<sup>(1)</sup>

Experiencia y razón estuvieron constantemente presentes, - desde los tiempos de Hipócrates, en la medicina griega, pero no siempre en igual proporción. En efecto, ya en el Corpus hipocrático -dejando de lado los opúsculos de tendencia iatrosófica- podemos distinguir dos grupos claramente diferenciados de tratados, caracterizados, los unos, por su tendencia empírica dominante; los otros, por la mayor importancia concedida al razonamiento<sup>(2)</sup>. Se asignaban respectivamente ambos grupos a las escuelas rivales de fines del siglo V a. de C., la de Hipócrates, en Cos, y la de Eurifonte en Cuido. No importa que la investigación posterior haya puesto en entredicho tal tajante adscripción; el hecho es que ambas tendencias -empírica y racionalista- hallan su lugar en el Corpus: tribé metà lógon.

Respecto al lógos, la aparición de la racionalidad médica - a expensas del mito sanador con que operan las cofradías de Esculapio, ha sido ya repetidas veces historiada. Bastará, pues, recordar para nuestro propósito que la laicización de la actitud y el pensamiento médicos hay que relacionarla con la explosión intelectual del siglo VI en Jonia. La formación de un concepto de phýsis como naturaleza desacralizada permite el desarrollo del concepto paralelo de phýsis humana; y así, al principio vemos originarse escuelas médicas en directa dependencia de las escuelas fi-

---

(1) Galeno: Subfiguratio Empirica, 36, 15, apud Deichgräber, op. cit. 44.

(2) José Alsina: Los orígenes helénicos de la medicina occidental. Guadarrama, Barcelona, 1982.

losófica -física- del momento, desde el primer médico del que conocemos algo más que el nombre: Alémeón de Crotona (fl. s. 500 a. de C), contemporáneo y quizá discípulo de Pitágoras, para quien la phýsis humana es parte de la general (makrokosmos) y se mantiene en relación con ésta por medio del aire (pneuma) absorbido en la respiración e impregnado de aliento vital, a través de su paso por las arterias, a todas las partes del cuerpo. No hará falta traer a ocación más ejemplos -Empédocles y sus cuatro elementos en relación con la teoría humeral, etc.-: el lógos o racionalización general de la experiencia posibilita la constitución del lógos específico, de la mirada médica.

Ahora bien, por lo que se refiere al otro elemento -la tribé-, la cuestión es más compleja: aquí, la misma práctica médica genera una metodología, un cierto tipo de experimentación que va más allá de las concepciones teóricas más o menos tomadas en préstamo. Por lo menos en principio, la observación y cierto grado de experimentación son los elementos básicos que configuran la actitud del médico del Corpus. Éste entiende su arte como una téchnē, una combinación de experiencia y razón; y -aquí no es ya el médico del Corpus quien habla- una téchnē perfectamente estructurada y consolidada, lo más alejado de una mera rutina repetitiva. El Corpus ofrece una concepción acabada- y hay que dar a la palabra toda su amplitud, a juzgar por la opinión del autor de La Medicina Antigua, opúsculo en que se objeta vigorosamente la introducción de nuevas teorías e hipótesis, defendiendo la profundización en el conocimiento ya adquirido- en los siguientes aspectos: historias clínicas -si bien normalmente sin antecedentes<sup>(3)</sup>,

---

(3) Pero ver contra: Eulalia Vintró: Hipócrates y la nosología hipocrática. Ariel, Barcelona, 1972, pág. 111 ss.

anamnesis ni tratamiento-, curso de la enfermedad, diagnóstico y pronóstico, etiología y tratamiento- a parte de un elaborado sistema de ordenación y clasificación de las enfermedades, con su nomenclatura correspondiente, si bien esta última lábil e imprecisa-.

Sin embargo hay que señalar que en ninguno de los ámbitos reseñados puede hablarse propiamente de experimentación; en ese punto, todos los estudiosos se muestran de acuerdo, aunque puedan discrepar respecto al valor general que cada uno atribuye al Corpus en este terreno<sup>(4)</sup>. Y en lo referente a la observación, ésta es muy variable en cantidad y, sobre todo, cualitativamente. Donde ésta se da de modo más preciso y alcanza momentos admirables es en las descripciones o historias médicas, llamadas epidémicas -es decir, viajeras, itinerantes, de todos los lugares-. Constan estas historias del nombre, localidad, sexo y alguna breve referencia más del enfermo, para pasar luego a la descripción pormenorizada de los síntomas agrupados por días -y sin mención de tratamiento alguno- hasta el final de la enfermedad, ya sea éste por remisión de la misma -17 casos- o por fallecimiento del paciente -en los 25 casos restantes del total de 42-.

---

(4) Desde la muy positiva de G. Senn: Ueber Herkunft und Stil der Beschreibungen von Experimenten im Corpus Hippocraticum, en Sudhoff Archiv für Geschichte der Medizin, 22, 1929, hasta la más exacta de Joly.

El relato de la observación es de una precisión y sencillas impresionantes. Sobre esta observación empírica se elabora el concepto de enfermedad como proceso, con sus crisis, días críticos, recidivas, paroxismos, etc., conceptos que tratan de sistematizar aquellas experiencias.

Si en La enfermedad sagrada ya se halla una cabal concepción de la medicina basada en la observación, la experiencia y la recolección de datos, en Sobre la medicina antigua, se define a ésta como ciencia observacional y empírica, al tiempo que se rechaza la intromisión de teorías e hipótesis ajenas a la técnica médica. Así, como se dice en el segundo capítulo, "la medicina actúa en todo lo que le concierne y ha encontrado un principio y un método mediante los cuales se han hecho muchos e importantes descubrimientos a lo largo de multitud de años; con los años se descubrirá todo lo restante, si alguien bien dotado domina los conocimientos existentes y los usa como guía de su trabajo; quien los rechace o ignore, investigando en direcciones distintas, pretendiendo nuevos descubrimientos, se halla en un error" [Litre, I, 580].

Pero cuando buscamos más detalles que articulen las observaciones realizadas y ayuden a efectuar otras nuevas, no hallamos más que indicaciones dispersas y fragmentarias: la influencia del cambio de dieta en el curso de la enfermedad, relación postulada entre constituciones y estados de salud, etc. Es decir, este ingenuo y hermoso tratado -según Farrington, "la más profunda exposición (!) del método basado en la observación y la experiencia que conservamos de la Antigüedad"<sup>(5)</sup> se limita a criticar la in-

---

(5) Benjamín Farrington: Ciencia y Filosofía en la Antigüedad, Barcelona, 1971, pág. 79.

transmisión de los filósofos o médicos que, partiendo de una hipótesis arbitraria, de naturaleza especulativa, derivan el origen de cualquier enfermedad; y a esta actitud contraponen la tradición médica antigua, basada en la teoría humoral, la salud como armonía entre los humores, la coacción de los mismos, etc. Pero no hay -ni podía haber, si deseamos recurrir al expediente usual del "obstáculo epistemológico" bachelardiano- trazos de una metodología que posibilite la articulación de la teoría con la práctica de la observación. Como señala acertadamente Lafn<sup>(6)</sup>: "La historia clínica hipocrática es la expresión escrita de la tensión intelectual del asclepiada entre su experiencia personal y el saber científico: o, si se quiere, el compromiso que resuelve tal tensión entre una y otra. El hecho de que en el logro de dicho compromiso predomine ahora la atención hacia la experiencia y, por tanto, el carácter individual de la descripción patográfica, no quiere decir que en la contextura de las historias clínicas de Hipócrates no esté operando su necesaria referencia a un saber universal".

Pero esta tensión se resuelve -como no podía ser de otro modo en estas condiciones- en inconsistencia por ensanchamiento de la teoría o -lo que afortunadamente para la observación, no es aquí el caso- en achatamiento de la experiencia al forzarla a encajar en el lecho de Procusto de la teoría.

---

(6) P. Lafn Entralgo: La Historia Clínica, Barcelona, 1961, apud E. Vintró, op. cit., 109.

Las consideraciones anteriores resultan aún más evidentes al referirse al ámbito de la etiología, por razones bien conocidas, y ello salvaguardando el valor de la concepción general y la pertinencia de las distinciones conceptuales (como la antite-  
sis aitia / prophasias: causa profunda -¿interna?- versus motivo o causa inmediata- la externa, igualmente con reservas-.

No se trata, naturalmente, de caer en la perogullada de reprochar a la medicina hipocrática el desconocimiento del método científico; pretendemos sencillamente exponer con claridad las insuficiencias del corpus hipocrático, señalando sus limitaciones allí donde nos parece que van a ser superadas por la medicina empírica posterior. Efectivamente, como luego veremos, es mérito - del empirismo médico haber elaborado una metodología específica que colmará las lagunas que ahora acabamos de mostrar.

Aquel cierto equilibrio que apuntábamos en el Corpus hipocrático se decanta en la llamada escuela siciliana hacia el elemento especulativo y racional. Filistión de Locros, establecido en Siracusa y amigo de ambos Dionisios y de Platón, en los pasajes médicos de cuyo Timéo influyó, se ocupó sobre todo de cuestiones etiológicas.

Manteniendo la antigua concepción de la enfermedad como - desarmonía, añadió la teoría de corte empedocleo, según la cual el cuerpo humano está formado por cuatro ideas, cada una con su cualidad propia: lo seco, lo húmedo, lo frío, lo cálido. La preponderancia de uno cualquiera de estos elementos provoca el proceso morboso; preponderancia que, a su vez, puede deberse a concentraciones o disminuciones de un elemento (etiología interna)

o a agentes externos (cambios en la dieta, modificaciones ambientales, etc.).

Naia extraño que este talante especulativo influyera en Platón. Por lo que hace a su discípulo Aristóteles —descendiente él mismo de médicos, en una tradición que hacía remontar su ascendencia hasta Esculapio—, son bien conocidos sus trabajos en biología y las preocupaciones científicas que siempre caracterizaron a su escuela. Si hoy podemos, tras la monografía de Jaeger, considerar a Diocles de Caristo —el segundo Hipócrates, como le llama Galeno— discípulo de Aristóteles, no deja de ser significativa la confusión mantenida durante siglos. El mismo Wellmann pudo clasificarlo entre los discípulos de Empédocles, como perteneciente a la escuela siciliana, porque sus doctrinas coinciden punto por punto con las de dicha escuela: los cuatro principios; la teoría humoral hipocrática, el pneuma asimilado en la respiración, la alimentación y a través de los poros, y circulando a través de las arterias; el corazón como sede del calor innato y asiento de la phrónesis...

Del Menón discípulo de Aristóteles, nada nos había quedado hasta el hallazgo del Anonimus Londinensis, papiro que nos transmite un resumen del Iatriká de este autor, además de contener una valiosa síntesis de historia de la medicina. Nada, pues, en los médicos provenientes del Liceo que no se encuentre en el Corpus hipocrático.

La etapa alejandrina supone, en lo que se refiere a esta contraposición teoría-observación que ahora historiamos, una clara decantación hacia el segundo elemento de la misma. El Museo o Templo de las Musas se consolida con Estratón y posteriormente bajo Ptolomeo II como un centro de investigación y enseñanza cien

tíficas, subvencionado por el Estado. A parte la renombrada Biblioteca, había salas de disección, jardines botánico y zoológico y, en general, todo lo necesario para los estudios anatómicos, biológicos y fisiológicos que tan rápido progreso iban a alcanzar. Siglos más tarde, el mismo Galeno mencionará con envidia los medios de que disponían los médicos alejandrinos.

Ya en los primeros tiempos (circa 300), se realizan las contribuciones más destacadas en el campo de la medicina. Herófilo de Calcedonia realizó en este ambiente las más revolucionarias descubrimientos anatómicos, principalmente en lo que atañe a la fisiología y anatomía cerebrales: distingue con claridad el cerebro y el cerebelo, clasifica los nervios en motores y sensitivos, descubre las meninges y un importante número de características anatómicas (el Calamus Scriptorius, El Torcular Herofili...).

Como señala Farrington, el resultado final de sus descubrimientos fue que la confusión aristotélica entre las funciones del cerebro y del corazón fue corregida, volviéndose al punto de vista de Alcmeón, para quien el cerebro era el órgano central del sistema nervioso y sede de la inteligencia<sup>(7)</sup>.

Igualmente, los trabajos anatómo-fisiológicos de Erasístrato de Cefos acerca del sistema Vascular se basan en un enorme material de investigación práctica sobre el hombre y los animales. La errónea creencia pneumática de que las arterias contienen y transportan aire no le impide distinguir éstas de las venas e identificar y describir los principales vasos sanguíneos. Su descripción del cerebro es aún más exacta que la de Herófilo<sup>(8)</sup>.

---

(7) B. Farrington: Op. cit., pág. 149.

(8) Con la natural salvedad de que de éste apenas poseemos una reconstrucción de los escasos fragmentos de su Anatomía (J. Marx: Herophilus, ein Beitrag zur Geschichte der Medizin, Karlsruhe, 1838, que no hemos podido consultar), mientras que Erasístrato nos es algo mejor conocido gracias a Galeno que polemiza con él.

La escuela empírica entronca perfectamente con esta tendencia obracional, práctica y experimentalista de la medicina alejandrina. Y lo hace a través de sus dos más egregios representantes el mencionado Herófilo de Calcedonia y Filino de Cos; pero antes de tratar de esta conexión y de pasar revista a las principales individualidades de la escuela empírica, examinemos los rangos generales de la misma.